

LOS ULTIMOS INCAS DEL CUZCO

Franklín Pease G. Y.

En la historia del país de los Incas hay ciertos momentos que marcan la pauta de su desarrollo. En la última época resalta el conflicto creado a la muerte del inca Huayna Cápac entre los grupos que apoyaban a los candidatos al poder. Nuestro interés en él se origina en que, en cierto modo, puede decirse que permite el estudio de aspectos diferentes de la vida incaica partiendo de los hechos que más cerca tuvieron los cronistas del siglo XVI.

Los orígenes del pueblo andino pueden remontarse a varios miles de años y todavía está imprecisa su antigüedad como conjunto humano organizado en grupos locales y finalmente en el estado incaico. Es muy conocido ya que los Incas no fueron el único estado andino, aunque sí el último y más organizado de todos, y es indudable que en su origen y expansión aprovecharon gran cantidad de elementos culturales precedentes.

Cada día se va desdibujando más el perfil histórico del país de los Incas. Ya no se piensa que el estado incaico se organizó como tal desde las épocas claramente mitológicas de Manco Cápac y de los primeros gobernantes. Se coincide hoy en relacionar el comienzo del período de apogeo estatal con aquel que en las crónicas se inicia con Pachacútec y su época. Hasta aquí parecen alcanzar los límites de la tradición oral como fuente histórica cierta. El período anterior, desde los límites mitológicos, lleva a la formación de una confederación tribal en la zona del Cuzco, germen del futuro estado.

El conflicto que analizaremos marca una profunda crisis en el sistema estatal cuzqueño, aunque no la única, pero importantísima por su cercanía a la conquista española, y porque de su estudio pueden sacarse conclusiones más precisas sobre la organización del estado cuzqueño.

I. Al momento en que muere el Inca Huayna Cápac la sociedad incaica sufrió una conmoción política que, al mismo tiempo que una crisis religiosa que analizaremos aparte, provocó y estimuló el conflicto entre el

Cuzco y Quito. Puede afirmarse desde ahora que es imposible señalar esta guerra como la lucha fratricida y motivada por puras cuestiones de ambición de poder de sus respectivos caudillos, Huáscar del Cuzco y Atahualpa de Quito, como han afirmado durante tanto tiempo los historiadores, basándose indiscriminadamente en los cronistas de los siglos XVI y XVII que no pudieron comprender —obnubilados por su cosmovisión cristiana y europea— que el Tahuantinsuyo era una unidad política y social distinta de la realidad europea y que la diferencia no estaba tan sólo en la distancia geográfica, en la carencia de la fe católica o en la comunicación mediante lenguas diferentes. De allí que los autores citados sólo comprendieran la sucesión de gobernantes cuzqueños como una dinastía basada en una continuidad genealógica, tal como sucedía en la Europa renacentista. Sin embargo, los intentos de los cronistas mantienen ciertos momentos cruciales que rompen la unidad de sus relatos; son así el llamado cambio de dinastía de Hurincuzco a Hanancuzco (1) y la suplantación de Amaru Yupanqui por Túpac Inca, al final del gobierno de Pachacútec. Este mismo gobierno de Pachacútec —considerado como persona o como período— tiene una importancia crucial imposible de soslayar y claramente señalada en las crónicas. El conflicto entre el Cuzco y Quito, inmediatamente anterior a la conquista española, originó el último problema sucesorio y su propia cercanía permite abordarlo con mejores posibilidades.

La sociedad incaica funcionó a base de una élite eficazmente organizada en torno al Cuzco y al Inca, y estaba basada en una amplia masa de *hatunrunas*, agricultores en su absoluta mayoría. La llamada nobleza de sangre —que los cronistas vincularon a la persona del Inca— y la ya individualizada nobleza territorial formada por los descendientes de las tribus originarias de la vieja confederación, formaban el núcleo principal de la élite identificada con el Cuzco sagrado. Los nuevos grupos de

1. Riva Agüero enfocó este asunto con criterio tradicional considerándolo como un problema dinástico, aunque intuye que dicho cambio pudo ser motivado élite.

RIVA AGUERO Y OSMA, José de la... *La Historia en el Perú*. Madrid, Imp. Maestre, 1952. pp. 105 y ss.

Es curioso que este problema, a veces tan debatido, pueda considerarse a veces como inexistente; desde que cabe anotar las conclusiones de Imbellonia acerca de la Capaccuna o lista general de los Incas. Sostiene este autor que la lista tradicional (dividida en dos grupos o "dinastías", la primera presidida por Manco Cápac o por Sinchi Roca, según los autores y la segunda por Inca Roca, el sexto Inca de la lista) puede ser considerada como repetición de una sola y única lista de gobernantes, la forma aparentemente complicada como Imbellond llega a estas conclusiones es demasiado extensa para estas páginas. IMBELLONI, José, *Pachakuti IX. El incario crítico*. Buenos Aires, Ed. Nova, 1946. pp. 49-50. La capaccuna, de acuerdo a los nuevos criterios, corresponde a una vinculación necesaria con el período primordial en que se muere el arquetipo fundador Manco Cápac. De la repetición de este arquetipo depende en buena parte el prestigio sagrado que respalda a los incas de la última época.

la casta dominante estaban integrados por los *curacas* y señores locales ancestrales incorporados a los dominios del Cuzco, además de otros favorecidos.

Durante el período primitivo de la Confederación cuzqueña los grupos más antiguos de la zona del Cuzco, y que los cronistas señalan, se rigieron por un tipo de gobierno colectivo. Como en toda la región andina, las tribus cuzqueñas se pusieron de acuerdo con respecto al mando; y así lo encontramos en algunas afirmaciones de las crónicas y especialmente en las *Informaciones* del virrey Toledo. A pesar que pudo decirse que estas informaciones mandadas hacer por Toledo estaban destinadas a demostrar que los Incas eran "usurpadores" del poder en la zona andina y legalizar de esta manera la conquista española, son estos mismos documentos los que con mayor claridad hablan de este tipo de gobierno de los grupos andinos anteriores a los Incas, que estaban complementados por "jefes de guerreros" llamados *sinchis* y de los cuales, como veremos, se derivó la autoridad del futuro estado incaico. El *sinchi* era respetado como autoridad militar —las crónicas suelen llamarlos "capitanes" (2) —y así aparece que eran quienes comandaban la resistencia de las tribus conquistadas en los avances de los Incas del Cuzco.

El gobierno civil primitivo de estos grupos que luego formarían la confederación cuzqueña estaba en manos de un consejo de ancianos representantes del poder religioso de los ayllus. El anciano puede identificarse con el gobierno tradicional, y no sólo entre los Incas, desde que los hombres de edad madura configuraron siempre un sector privilegiado que se demuestra por la frecuente existencia de consejos de ancianos que actúan como autoridad máxima de la tribu (3), o como asesores de los jefes en épocas posteriores. Por ello es que en los ayllus el gobierno está generalmente en manos de "...un anciano circundado por otros miembros seniores..." (4). Este grupo de ancianos encargado del mando colectivo delegaba su autoridad en un funcionario, el *sinchi*, que era designado por ellos en los momentos de crisis colectiva, caso de guerra o emergencia de otra índole (5).

Es alrededor de estos grupos de ancianos que conservaban unificado el poder civil y religioso, y de los *sinchis* que los mismos ancianos elegían, que va a desarrollarse la casta gobernante del futuro estado del Cuzco. Mientras los ancianos dirigentes organizaron su poder a base de un prestigio religioso, los *sinchis* hicieron aparecer una casta poderosa

2. *Informaciones del virrey Toledo*. En: Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia del Perú. Lima, Sanmartí, 1920. pp. 119, 129-135.

3. FIRTH, Raymond... *Tipos Humanos*. Buenos Aires, EUDEBA, 1964 p. 112.

4. IMBELLONI, José... *Epítome de Culturología*. Buenos Aires, Edit. Nova, 1953. pp. 144, 145.

5. ROSTWOROWSKI DE DIEZ CANSECO, María... *Pachacútec*... Lima, Imp. Torres Aguirre, 1953. p. 231.

basada en un prestigio militar. Los ancianos representaban una tradición de prudencia y sabiduría que en la época estatal posterior estará en manos de los *amautas*. A éstos se les ha considerado tradicionalmente sólo como los maestros de la élite; pero puede suponerse que se dedicaban no sólo a una función magisterial, sino que configuraban una élite intelectual conservadora de la tradición de sabiduría que los primitivos ancianos representaban. Además el amauta es funcionario legislativo que en la época de apogeo actúa como legislador e intérprete de las normas legales del Estado (6). Por medio de los amautas, la vieja élite religiosa mantiene un control efectivo sobre la educación de los dirigentes del Estado y en la formación y desarrollo de la legislación.

Podemos encontrar, por otra parte, un antagonismo permanente entre grupos militares y religiosos del Cuzco. Mientras el primitivo gobierno de la ciudad sagrada estuvo en manos del grupo sacerdotal, al que algunos identifican con la dinastía de los amautas de que habla Montesinos, (7) los *sinchis* permanecieron subordinados a ese poder. Sin embargo, la guerra motivada por la invasión de las tribus *chancas* habitantes de la zona de Ayacucho, va a dar al sector militar de la élite el pretexto necesario para tomar el poder. Aquí es cuando un *sinchi* (Yupanqui, luego llamado Pachacútec) obtiene gracias a una dura victoria sobre los grupos *chancas*, concesiones que inician la época de predominio de la élite militar de la zona del Cuzco. R. Tom Zuidema sostiene últimamente que no es posible afirmar la presencia real de Pachacútec y que tampoco puede decirse que sea el centro de un importante período de la vida incaica, como afirman por otro lado María Rostworowski de Diez Canseco y John H. Rowe. Tomar un criterio tan negativo frente a las crónicas puede llevar a situaciones fácilmente confusas. Es imposible olvidar que la memoria oral transforma acontecimientos, idealiza personajes y la sucesión de los hechos; pero al mismo tiempo no creo que pueda afirmarse, como lo hace Zuidema, que lo relatado en las crónicas —y especialmente la interpretación que de ellas se haga— es un absurdo mien-

6. MURUA, Fray Martín de... *Historia General del Perú. Origen y descendencia de los Incas*. Ed. y Prólogo de Manuel Ballesteros Gaibrois. Madrid. Imp. de don Arturo Góngora, 1962. Lib. II, Cap. XII. p. 61 del t. II.

BASADRE, Jorge... *Historia del Derecho Peruano*. Lima, 1937 p. 84.

BASADRE, Jorge... *La ley del Inca*. En *Revista de la Universidad Católica del Perú*, Lima, 1936. T. IV, p. 243.

La noción que hoy puede tenerse sobre la tarea concreta del amauta no es muy concreta; pero es posible pensar que debieron influir poderosamente en la dación de la ley cuzqueña. Para Tschudi, los amautas "no... sólo interpretaban las leyes sino el mismo Inca los consultaa con frecuencia sobre asuntos de nueva legislación." (TSCHUDI, J. J. von... *Contribución a la Historia, Civilización y Lingüística del Perú Antiguo*. Citado en BASADRE... *Hist. del Derecho*... p. 84.

7. MONTESINOS, Licenciado Fernando de... *Memorias Antiguas Historiales y Políticas*... Cuzco, Imp. Rozas, 1957. pp. 43 y ss.

tras no se considere la función de la panaca que "... en conjunto aparece formando una parte estructural de una particular forma de organización tal como era la del Cuzco..." (8). Desde luego que es imposible negar la importancia de la función de la panaca dentro de la estructura social andina; pero todavía se sabe muy poco de esta estructura social y quizá convendría recordar que la historia se hace a base de sucesivas elaboraciones. Puede aceptarse, sin embargo, que Pachacútec —el Inca considerado en las crónicas— pueda estar confundido en la memoria oral con un período del mismo nombre; pero hay que considerar que la memoria oral no olvidó ni al período ni al tal vez presunto personaje. Dada la difusión de este personaje y sus obras en distintas crónicas —no todas tomadas en la misma zona del Cuzco— no puede pensarse tampoco en una "desfiguración intencional" de la tradición oral. Los acontecimientos importantes se mantienen en la tradición popular hasta un límite generalmente señalado de 250 años como máximo; y hay que recordar que las cifras que la arqueología da a la duración del período estatal no son muy grandes. Sólo a partir de Pachacútec (personaje o período) es que puede hablarse de grandes expediciones militares a las regiones vecinas a la ciudad del Cuzco. Se afirma que son entonces los esfuerzos conquistadores del general Cápac Yupanqui en las expediciones que van por la sierra central hasta Cajamarca, en que también va Amaru Yupanqui, al que las crónicas consideran primer sucesor de Pachacútec. Esto confirma que cuando un Estado está organizado bajo un gobierno militar se emprenden conquistas territoriales en gran escala; así Roma bajo César y Macedonia con Alejandro. La aparición del Estado cuzqueño coincide con la derrota de los chancas y con el advenimiento de una casta militar a compartir el poder con la vieja élite religiosa. Hasta entonces podemos encontrar tres grandes grupos confederados en la zona Sur de los Andes Centrales: los Incas en el Cuzco, los Chancas en la zona de Ayacucho y los Collas en el altiplano Perú-Boliviano (9). La victoria del Cuzco indica el comienzo de la gran expansión estatal.

Es interesante recalcar que Pachacútec no sólo es presentado por las crónicas como renovador en el aspecto territorial o conquistador, gubernativo y militar, sino aún en el religioso, adquiriendo de esta manera una

8. ZUIDEMA, R. Tom... *The Ceque System of Cuzco; The social organization of the capital of the Inca...* Tesis. Texto mecanografiado, Universidad de Leiden, 1962. pp. 15, 16.

9. Los Collas y Aymaras son habitantes tradicionales de la región del altiplano Perú-Boliviano; pero tanto en su origen como sus habitaciones anteriores son todavía materia de discusión. Sobre ellos puede consultarse BOURONCLE CARREON, Alfredo... *Contribución al estudio de los aymaras*. En: *América Indígena...* México, abril-julio 1964. Vol. XXIX. Nos. 2, 3.

Para el tema de los Chancas puede consultarse ROSTWOROWSKI (ya citado) y LUMBRERAS, Luis Guillermo... *Sobre los chancas*. En: *Actas del II Congreso Nacional de Historia del Perú*. Vol. I. Lima, 1958.

calidad arquetípica y un carácter divino. Se aprecia aquí una identificación entre el arquetipo primordial Manco Cápac y la figura de Pachacútec y que a veces las crónicas identifican tímidamente (10). Luego de vencer a los Chancas (11) la política del Cuzco se orientó hacia la otra confederación rival, la de los Collas. La marcha al altiplano se desarrolló en dos etapas; en la primera, que ya fue favorable al Cuzco, se venció al curaca local Chuchi Cápac, poderoso jefe del Collao, y se lleva a sus partidarios cautivos a trabajar en las construcciones del valle de Yucay, cerca del Cuzco. Pero en época posterior, un grupo de estos cautivos collas huyó al altiplano y una vez allí levantó en armas la región contra el dominio de los Incas. Las crónicas aseguran que quienes dirigieron esa rebelión fueron los hijos del vencido curaca Chuchi Cápac (12). Pachacútec fue acompañado a la reconquista por dos de sus hijos, Amaru Yupanqui y Apo Páucar Usno, que luego quedaron al mando de la exitosa expedición.

La organización del Estado cuzqueño se hace patente en la época que las crónicas atribuyen a Pachacútec. Entonces se realizan importantes reformas políticas y administrativas, al lado de las religiosas y militares, y todo el territorio ahora sujeto al nuevo Estado sufre las consecuencias de este importante cambio.

Punto culminante de este momento de estabilización del Estado del Cuzco en el surgimiento de la casta militar. Cuando los ancianos no pudieron resistir la violenta invasión de los grupos chancas, se vieron obligados a elegir un sinchi, y parece que las condiciones impuestas por los caudillos militares fueron tales que Yupanqui o Pachacútec recibió un poder extraordinario. Los cronistas refieren que ante el abandono del poder por Huiracocha Inca, Yupanqui o Pachacútec organiza la resistencia contra los invasores chancas a base de un pequeño número de soldados; esto no debe llamar la atención, pues hay que tener en cuenta que los héroes legendarios actúan casi siempre solos o con poca compañía. La fuente oral traducida a las crónicas afirma que durante el combate las piedras eran transformadas en guerreros por la divinidad y apoyaban al caudillo cuzqueño. Este apoyo, divinizado por la leyenda, tal vez pueda explicarse por la ayuda que prestaron a Yupanqui los curacas vecinos

10. MURUA...op. cit.... Lib. II, Cap. XXXVI, p. 3 del t II.

MONTESINOS... op. cit... Cap. IV, p. 18.

GARCILASO DE LA VEGA, El Inca... Comentarios Reales de los Incas. En Biblioteca de Autores Españoles, Vol. CXXXIII, Madrid, Edic. Atlas, 1960. Lib. IV, Cap. XXVIII, p. 188.

11. Sobre el conflicto de los chancas puede consultarse ROSTWOROWSKI (ya citado) y ARANIBAR ZERPA, Carlos... Pachacútec. En Biblioteca Hombres del Perú; Vol. II, Serie I. Lima, 1964.

12. MURUA... op. cit... Lib. II, Cap. XXII, p. 88 del t. II.

SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... Segunda Parte de la Historia General llamada Indica... Buenos Aires, EMECE Editores, 1947. Cap. XL. pp. 199, 200.

al Cuzco ya que en algún momento pudo preverse la victoria de Yupanqui sobre los invasores chancas. Como sucede normalmente, la neutralidad sólo dura mientras está en duda quién puede ser el vencedor definitivo.

Siendo imposible hacer una historia de los acontecimientos (en detalle) en este momento de la guerra de los chancas, hay que dedicar atención preferente a las instituciones, las costumbres y los personajes que simbolizan la época y que los poemas épicos y la tradición conservaron como una visión del pasado. "La memoria colectiva —escribe Mircea Eliade— es ahistórica... el recuerdo de los acontecimientos históricos y de los personajes auténticos es modificado al cabo de dos o tres siglos a fin de que pueda entrar en el molde de la mentalidad arcaica que no puede aceptar lo *individual*, y sólo conserva lo *ejemplar*." (13). Por ello creemos que lo más importante de la época que ahora analizamos no es la historia de personajes o acontecimientos ordenados cronológicamente en lo que de biografía tienen los primeros y de relato los segundos, sino en cuanto los personajes y los acontecimientos se vinculan a circunstancias arquetípicas relacionadas indudablemente con la cosmovisión religiosa de los hombres andinos y las instituciones y estructuras que sobreviven a los hombres y al tiempo.

Puede notarse que a partir de la guerra chanca no se encuentran restos claros en las crónicas acerca del gobierno colectivo que los amautas debieron conservar como herederos de los primitivos ancianos. Las fuentes abundan desde este momento en detalles acerca de una sucesión de gobernantes que los cronistas sólo pudieron explicar de un modo dinástico, a la europea. Clasificaron así a los Incas en dos "dinastías", hurincuzco y hanancuzco, sin considerar el valor simbólico que estos grupos y personajes tenían. Se escribió acerca de Manco Cápac como si fuera un personaje identificable como Huayna Cápac o Atahualpa. En las crónicas se advierte una clara diferencia entre los nebulosos personajes anteriores a la época de Pachacútec y los posteriores a ésta, cuyos caracteres han sido considerados con mayor claridad y seguridad por la tradición oral. Puede apreciarse que los Incas de la primera época y anteriores a Pachacútec aparecen vinculados a la figura arquetípica de Manco Cápac, mientras que los posteriores parecen asemejarse a la de Pachacútec (14) que toma de esta manera un carácter de arquetipo para los últimos gobernantes del Estado del Cuzco.

Las graves dificultades para la aplicación de una cronología utilizable provocan un desconcierto en los cronistas y en los historiadores y son

13. ELIADE. Mircea... El Mito del eterno retorno. Buenos Aires. EMECE Editores, 1959. pp. 54, 55.

14. Pachacútec es hijo de Manco, según Murúa, Montesinos, etc. Cfr. cita (10) supra.

originadas probablemente porque la tradición oral pierde el sentido de la estricta sucesión de los hechos y debido también a que el modo que tenían los Incas para contar el paso del tiempo era diferente al que nosotros usamos. Además hay que tener en cuenta que Manco Cápac —y aún Pachacútec— actúa dentro de un *tiempo primordial* sagrado e inmutable, que para los incas configuraba un espacio temporal indefinido en cuanto a duración, porque ésta no era medible. El tiempo primordial es eterno en cuanto que es factible regresar a él en ciertas circunstancias y mediante técnicas determinadas: los rituales. La vinculación evidente entre Manco Cápac y la divinidad andina confirma esta identificación del tiempo en que actúa con un espacio temporal sagrado, vinculado a la divinidad y a la aparición del *cosmos* (caos organizado). Con Pachacútec encontramos también la intervención de lo divino (15), no sólo en cuanto a una *revelación* que la divinidad hace al elegido, sino en tanto que éste recibe su ayuda efectiva mediante la conversión de piedras en guerreros por acción divina. Pachacútec es, a su vez, el nuevo ordenador del mundo. El orden del cosmos había sido roto por la invasión chanca y a Pachacútec toca restaurarlo y darle una nueva fisonomía; por esto es un ordenador de carácter similar a Manco Cápac. A partir de él los sucesivos gobernantes tendrán dos arquetipos a los cuales referirse: Manco Cápac y Pachacútec. Aquí vale la pena insistir con Tom Zuidema sobre la concepción cíclica del devenir para los incas. Zuidema considera la guerra chanca como una crisis que cae dentro de un período crítico que se repite cada cierto tiempo. “La cultura incaica —escribe— conoció la idea de que siempre después de un período de 500 a 1000 años el mundo existente iba a desaparecer y se iba a renovar en otro mundo...” (16). Esta cuestión fue enunciada ya por J. Imbelloni en 1939; este autor consideró que los hechos del pasado eran referidos a un casillero de cuatro edades cuyas fechas divisorias correspondían a cuatro sucesivas destrucciones del mundo; las cuatro edades a que se refiere Imbelloni son sin duda las que mencionan Huamán Poma y otros cronistas (17).

Desde la época de Pachacútec se nota un progresivo repunte de la élite militar que lo llevara al poder. Sin embargo la fuerza de estos grupos vinculados a los primitivos sinchis tuvo altibajos sobre todo al comienzo. Amaru Yupanqui, primer sucesor de Pachacútec, fue apoyado por un sector de la vieja élite religiosa, lo que puede apreciarse sobre

15. SANTA CRUZ PACHACUTI, Juan de... *Relación de antigüedades deste reyno del Pirú...* en *Tres relaciones de antigüedades peruanas*. Prólogo de Marcos Jiménez de la Espada. Buenos Aires, Guaranía, 1950, p. 238.

SARMIENTO... op. cit... Cap. XXVII, pp. 166, 168.

16. ZUIDEMA, R. Tom... *Observaciones sobre el Taqui Onqoy*. En: *Historia y Cultura*. Lima, Museo Nacional de Historia, 1965. Vol. I., N° 1, p. 137.

17. IMBELLONI, José... *La “Weltanschauung” de los amautas reconstruida: formas peruanas del pensamiento templario*. En: *Actas y Trabajos del XXVII Congreso Internacional de Americanistas*, Lima, 1942.

todo en las razones que motivaron su caída por acción del grupo militar. No son éstas razones relativas al gobierno, sino que se vinculan únicamente a cuestiones bélicas. Se acusó a Amaru Yupanqui de ser inhábil para el manejo de tropas y de haber ocasionado desastres para las armas cuzqueñas, pero esto fue solamente un pretexto, desde que la verdadera causa de su separación del gobierno la podemos encontrar en un conflicto entre la élite religiosa —que apoyó entonces a Amaru Yupanqui— y la élite militar que seguía a Túpac Inca y que sería a la larga triunfadora (18). La intervención en el gobierno de este sector militar de la clase dominante es decisiva a partir de este momento. Sin embargo, la organización que la presencia de este grupo dio al nuevo Estado no dejó fuera de acción a la vieja nobleza religiosa de antiguo ancestro cuzqueño, como lo demuestra el apoyo que ésta prestara a Amaru Yupanqui y que lo mantuviera en primer plano aún después de haber sido separado del cargo supremo. Los amautas se encargaron de supervisar la vida espiritual del nuevo Estado, a la vez que eran quienes formulaban e interpretaban las leyes y al mismo tiempo tenían en sus manos formas de controlar a los nuevos dirigentes que tomaban el poder, desde que ellos mantenían el privilegio de formar a las nuevas generaciones de la élite y, finalmente, de manera similar a lo que ocurría antes de la guerra chanca en que los grupos religiosos de ancianos elegían a los sinchis, los amautas intervenían sin duda en la designación de los nuevos gobernantes. Es indudable la existencia de un control religioso de la actividad política, pues entre los incas la religión fue también un medio de dominio del Estado. La masa era fuertemente impresionada por el designio divino que el inca y la élite portaban (recordemos el *mana* de las islas del Pacífico y que entre los incas puede ser asimilado al pájaro *hindi* que Manco Cápac llevaba y que era la figuración de la fuerza que la divinidad le había otorgado). Esta intervención de la religión reforzando el poder del Estado no es una novedad, desde que en la época primitiva es el grupo religioso quien tiene el poder a través de los ancianos. Previo a la guerra chanca

18. LAS CASAS, Fray Bartolomé de... De las antiguas gentes del Perú. En: Colección de Pequeños Grandes Libros de la Historia Americana. Serie I, Vol. XIV. Lima, Miranda, 1948. Cap. XL, p. 201.

GARCILASO... op. cit... Lib. VII, Cap. XIV, pp. 266, 268; Lib. VII, Cap. XVII, pp. 272, 273.

La tendencia general a mostrar al inca como un monarca totalitario tal vez responda a la influencia del modelo que era el común príncipe europeo del siglo XVI. La influencia de la élite incaica es innegable. Puede afirmarse que el caso mencionado de la caída de Amaru Yupanqui y su cambio por Túpac Inca en la tradición oral se debió a la presión de un grupo militar de la élite. Ya Louis Baudin escribió que "Lo más sorprendente es que el inca no haya abusado de su poder; sin duda, mira a su pueblo con alguna conmiseración..." (El Imperio socialista de los Incas, Santiago de Chile, 1955. p. 116); pero no se trata de conmiseración sino que esta actitud del inca se debió a la acción controladora de la élite.

puede identificarse la élite religiosa con la figura de Huiracocha Inca que las crónicas traen. Esta relación ha sido señalada en reciente trabajo de Carlos Aranibar (19) y merece un análisis más amplio que el que estas páginas permiten.

En el campo de la sucesión al poder se manifiesta claramente la influencia de la élite, como ya indicamos. Esta influencia era decisiva hasta el punto que sin el apoyo de la misma era imposible llegar al gobierno. En 1933 escribió Luis E. Valcárcel que “Desaparecido el príncipe con mejor derecho al trono, la designación de Inka correspondió a la corte de Kosko...” (20). Esto se escribió para el problema sucesorio ocurrido a la muerte de Huayna Cápac entre Huáscar y Atahualpa y que luego analizaremos; pero podría afirmarse que la intervención de la élite no sólo era efectiva cuando desaparecía el príncipe con “mejor derecho” al poder, como lo afirmó Valcárcel, sino que su acción fue permanente y no sólo desde este momento, sino que las presiones se manifestaban desde que el gobernante designaba sucesor o sucesores probables, sometiéndolos al juicio de la divinidad mediante pruebas especiales que se realizaban con la intervención de miembros prominentes de la casta sacerdotal. Sin embargo, luego de la opinión divina, puede asegurarse que la élite intervenía activamente a favor y en contra de los postulantes al poder. El caso más claro —antes del conflicto entre el Cuzco y Quito— lo encontramos en la destitución de Amaru Yupanqui y su cambio por Túpac Inca, impuesto por un sector de la nobleza cuzqueña (21).

La élite no sólo intervenía en la designación del Inca sino que mantuvo, como vemos, una estrecha relación con el gobierno. Para sus miembros el Inca era uno de ellos, divinizado por su relación con el arquetipo primordial y el acercamiento que esto significaba con la divinidad. Esta concepción era diferente a la que tenía el *hatunruna* u hombre del pueblo, para quien el Inca era de hecho un ser divino vinculado a la divinidad solar y situado por encima de todo. No debe olvidarse que el inca formaba un *centro* de comunicación entre el Hanan Pacha o mundo de los dioses y el Cay Pacha en que vivían los hombres; el inca era a los ojos del pueblo la manifestación viva de la divinidad. De la diferencia de estas dos concepciones surge una distinción en la actitud que tomaron frente al inca, la élite y la masa.

Para la nobleza, el inca es un “par entre pares”; por esto y por la influencia enérgica que los grupos nobiliarios ejercían sobre él, el inca podía llegar a convertirse en un instrumento de la élite o de un sector de ella, porque las frecuentes expansiones hacia la zona chanca primero y luego a la región del Collao y el Chinchaysuyo originaron el crecimiento

19. Pachacútec, (ya citado).

20. VALCARCEL, Luis E... *Final de Tawantinsuyo*. En: *Revista del Museo Nacional*. Lima 1933. Vol. IV, p. 80.

21. Cfr. Nota (18) supra

de la élite militar. No es ocioso pensar que quienes prestaron apoyo bélico a Yupanqui para vencer a los chancas hubieran cobrado en forma de "derechos" políticos la ayuda que aportaron. Esta fue la ocasión para que aparecieran y desarrollaran los ejércitos organizados que luego serían el principal instrumento en la gran expansión incaica, que es claramente reconocible a partir de la victoria sobre los grupos confederados chancas.

La élite tradicional cuzqueña no es, sin embargo, el único grupo dirigente que se encuentra en el país de los incas. Tradicionalmente se habló de dos tipos de nobleza: de sangre y de privilegio, como lo afirmaron los cronistas y lo repitió la mayoría de los historiadores. Puede, sin embargo, distinguirse otros grupos como aquellos pertenecientes a las panacas y que residían en el Cuzco y que eventualmente eran poseedores de tierras muy cercanas a la ciudad sagrada; en segundo orden podríamos indicar a los residentes en los valles inmediatamente vecinos al Cuzco, como el de Urubamba y Apurímac; por otro lado los jefes locales o *curacas* también formaban un importante sector de la élite y, finalmente, puede encontrarse una jerarquía administrativa y que formaba una nobleza de carácter especial (22). De ninguna manera puede dejarse de lado la importancia del sector militar de la élite que toma cada vez mayor importancia a partir del final de la guerra chanca. Por otro lado puede diferenciarse claramente el grupo militar del religioso; el último estaba identificado con la nobleza más antigua del Cuzco y el primero reúne a los jefes del ejército en una casta poderosa a la que sin duda pertenece el inca de la época estatal. Pero, al lado de estos dos sectores tradicionales cuzqueños (las panacas que traen los cronistas) aparece ahora uno foráneo formado por los curacas y otros jefes locales mencionados y que se vio notablemente reforzado por la incorporación de nuevas tierras, lo que aumentó lógicamente el número de dignatarios, que ingresaron a este grupo. Los curacas eran nombrados por el Inca y sus hijos enviados instruirse en el Yachayhuasi cuzqueño (23). Con el avance del tiempo y de la expansión geográfica el grupo de la élite foránea alcanzó cada vez mayor poderío frente a la nobleza cuzqueña, que perdió proporcionalmente su fuerza. Primero se aprecia un predominio de la élite militar sobre la religiosa del Cuzco y es indicio revelador de esta situación el cambio repentino de Amaru Yupanqui por Túpac Inca (24). Posteriormente se nota que, al crecer el número y la importancia de la nobleza local, decrece progresivamente la fuerza de la élite cuzqueña en el gobierno y en la misma proporción en que crece la foránea. Ya en época de Huayna Cápac puede notarse que el núcleo tradicional de la élite empieza a fla-

22. VALCARCEL, Luis E... *Etnohistoria del Perú Antiguo*. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1959. p. 149.

23. MURUA...*op. cit.*... Lib. II, Cap. VI, p. 43 del t. II.

24. Cfr. Nota (18) Supra.

quear y esto se atribuye a la desmesurada extensión del imperio dominado por el Cuzco y a las fuertes divergencias de la élite; al alejamiento prolongado del inca Huayna Cápac de la ciudad sagrada y, por último, a la cada vez mayor influencia que la nobleza local ejercía sobre el inca, largo tiempo ausente del Cuzco.

La gran expansión geográfica obligó a los nobles a alejarse del Cuzco desde que, en principio, los ejércitos del inca estaban comandados siempre por algún miembro destacado de la élite militar, y la oficialidad —y aún cuerpos especiales de tropa— estaban igualmente formados por miembros de la casta dirigente. Vemos que en algunas de las más importantes campañas el jefe es siempre un noble de la mayor categoría; así Cápac Yupanqui, acompañado por el heredero designado Amaru Yupanqui y otros nobles, comanda una gran expedición al Chinchaysuyo que llega hasta la sierra de Cajamarca (25); luego es el mismo importante general quien lleva los ejércitos del Cuzco en la primera gran marcha sobre la costa central (26). En cualquier expedición militar que tomemos como ejemplo se encontrará miembros de la élite en los cargos directivos, aunque también ejercieron sin duda tareas tales como la organización de los gobiernos locales para asimilarlos al sistema del Cuzco. Además, en cada incorporación de territorios había que realizar una simbólica *creación*, mediante los ritos de fundación que ordenaban el *caos* existente y lo incorporaban al *cosmos* o mundo ordenado por la divinidad. Esto se completaba con la erección de un templo solar, un callahuasi y una residencia real. Además había que organizar la percepción de los impuestos a pagarse al Estado y, en general, preparar la gente que administraría la región a nombre y beneficio de los incas del Cuzco, quedando, como es natural, tropas de guarnición (27). Todo esto contribuía a debilitar la élite dominante desde que el uso del poder siempre causa desgaste. Si a esto se añan los problemas religiosos que trataremos más adelante y el arrollador crecimiento de la élite foránea, podrá entenderse la causa del debilitamiento de la casta dominante del Cuzco.

25. SARMIENTO... op. cit... Cap. XXXVIII, pp. 192, 195.

GARCILASO... op. cit... Lib. VI, Caps. XIII, XIV, XV.

POLO DE ONDEGARDO, Licenciado Juan... *Del linaje de los Incas y como extendieron ellos sus conquistas...* En: Colección de Libros y Documentos Referentes a la Historia del Perú. Lima, Sanmarti, 1917. Serie I. Vol. IV. p. 115.

Informaciones del Virrey Toledo... pp. 118, 121.

26. SANTILLAN, Licenciado Fernando de... *Relación*. En JIMENEZ DE LA ESPADA, Marcos... *Tres relaciones de antigüedades peruanas*. Buenos Aires, Guaranía, 1950. p. 44.

GARCILASOIII op. cit.. Lib. VI, Cap. XXIX, p. 230.

27. VALCARCEL, Luis E... *Machu Picchu*. Buenos Aires, EUDEBA, 1964. p. 59.

GARCILASO... op. cit... Lib. I, Cap. XV, p. 213.

MURUA... op. cit... Lib. I, Cap. XXI, pp. 48, 50 del t. I.

Por otro lado puede encontrarse una permanente división de la élite en grupos antagónicos. Por una parte la anunciada distinción entre el grupo religioso y el militar y, por la otra, la formación de grupos opuestos de acción política tales como los que apoyaron al inca Huiracocha y a Urco frente a Pachacútec; a Amaru Yupanqui y a Túpac Inca y, finalmente, a Huáscar y Atahualpa en sus luchas por el poder. En otro sentido hubo una serie de movimientos como el de Hualpaya al morir Túpac Inca y que polarizaban el poderío de la élite. Estos movimientos de la clase dirigente no pueden, sin embargo, ser considerados tales como las crónicas los relatan. Hay que recordar que lo que conserva la memoria colectiva es siempre lo *ejemplar*, y lo ejemplar en estas revueltas consiste siempre en la necesaria victoria del poseedor del "derecho ideal". Si analizamos el conflicto entre Pachacútec y Urco desde este punto de vista no puede llamarnos la atención el triunfo del primero. Pachacútec representa para la tradición posterior el líder ideal, el que más se asemeja al arquetipo Manco Cápac, mientras al mismo tiempo Urco es presentado como un personaje negativo y no conforme con el arquetipo del sinchi originario. La lucha entre estos dos individuos es en cierta forma una pelea ritual entre el caos y el cosmos, el mundo no organizado y el mundo ideal, ordenado de acuerdo a las disposiciones de la divinidad. Puede plantearse entonces, desde este punto de vista, que la guerra final entre Huáscar y Atahualpa representa asimismo una necesidad ritual, una lucha entre el caos y el cosmos. Cuando Rowe afirma que si la conquista española hubiera demorado un año habría encontrado a Atahualpa en la plenitud del poderío que tuvo Huayna Cápac y la causa de Huáscar olvidada (28), parece prever este problema. La victoria de Atahualpa, una vez consolidada, habría ocasionado una ritual identificación con su posición. Su triunfo era legítimo de todas maneras; pero esto no lo pudieron comprender los cronistas y a eso se debe que muchas interpretaciones partan de analizar una supuesta situación *ilegal* de Atahualpa. El origen del conflicto estuvo, entonces, en un problema ritual aunado a una progresiva diferenciación en la clase dirigente.

II. Muchas veces se ha afirmado que la guerra entre el Cuzco y Quito fue originada por la rivalidad existente entre los dos líderes, Huáscar del Cuzco y Atahualpa de Quito. Esto no parece ser cierto. Concurren a originar el conflicto diversas causas entre las que predominan la social y la religiosa.

No es fácil creer hoy día que la rivalidad entre ambos hermanos pueda ser la única causa de la guerra. En primer lugar carecemos de datos sobre la juventud de Atahualpa —a quien los cronistas y los he-

28. ROWE, John Howland... Inca culture... En Handbook of South American Indians, Vol. II, New York, Cooper Square Publishers, Inc. 1963. p. 209.

chos señalan como mayor— aunque para algunos autores Huáscar es indiscutiblemente mayor porque es el que tiene “derecho” al poder luego de su nominación poco antes de la muerte de Huayna Cápac. Huáscar es mayor al criterio del mayorazgo español, y así lo vieron los cronistas. En realidad para un estudio serio de la época incaica, importa muy poco o nada la *mayoría* —a la española— de uno de los pretendientes a la sucesión. Tampoco tenemos datos sobre la juventud de Huáscar ni acerca de las relaciones entre él y Atahualpa . . . El único dato existente es el que nos trae Sarmiento de Gamboa cuando habla de unos refuerzos que salen de la ciudad del Cuzco para apoyar a las tropas de Huayna Cápac empeñadas en la conquista de las tierras de Quito (1). No es posible entonces hablar de relaciones entre Huáscar y Atahualpa antes de la guerra y que pudieran haber fomentado la rivalidad. La ausencia de datos nos hace pensar en este sentido, ya que si algún hecho hubiera ocurrido y ocasionado serias fricciones entre ambos hermanos, habría quedado rastro de él en las crónicas.

Nos llama la atención el problema religioso debido sobre todo a que ha sido poco estudiado. El panorama religioso anterior a la guerra está centralizado en la ciudad del Cuzco, centro y origen del mundo de los incas. En el Cuzco estaba centrado el mundo religioso, el Coricancha significaba no sólo el templo máximo sino quizás una representación sintética del mundo incaico, estaba en él el centro cósmico, punto de comunicación directa con el mundo de la divinidad.

Era el Cuzco un espacio sagrado —hierofanía— documento, rito, mito, cosmogonía, dios . . . (2)— en que se realizaban las revelaciones primordiales. Allí fue iniciado el hombre en la manera de alimentarse y de utilizar la tierra. Cuentan esto las leyendas de su origen y que son traídas por los cronistas. Dice Eliade que “ . . . la noción de espacio sagrado implica la idea de repetición de la hierofanía primordial que consagró aquel espacio transformándolo, singularizándolo, en una palabra, aislándolo del espacio profano circundante . . . ” (3). Evidentemente en la época final el culto solar estatal está identificado con este espacio sagrado que es el Cuzco. Allí fue donde la pareja primordial, Manco Cápac y Mama Ocllo, realizó los rituales de creación, incorporando esta zona dentro de un *cosmos* —caos organizado— y civilizaron a los hombres, según las fuentes (4). Los ritos de creación servirán para iniciar la incorporación de nuevas tierras al posterior Estado cuzqueño. Se repetirán los actos

1. SARMIENTO... op. cit... Cap. LX, pp. 241 - 262.

2. ELIADE, Mircea... Tratado de Historia de las Religiones. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1954. p. 24.

3. ELIADE... Tratado de Hist. de las Religiones. p. 346.

4. GARCILASO... op. cit... Lib. I, Cap. XV, pp. 26, 27.

Ibid. Lib. I, Cap. XVIII, pp. 29, 30, 31.

MOLINA, el Cuzqueño, Cristóbal... Relación de los ritos y fábulas de los Incas. Buenos Aires, Edit. Futuro, 1959. p. 11.

del arquetipo fundador Manco Cápac, añadiendo así la nueva región al mundo sagrado de los Incas.

Sabemos que el Cosmos incaico estaba dividido en tres zonas fundamentales: el *Janan Pacha* o mundo de arriba donde moraban los dioses celestes; el *Cay Pacha* o mundo de aquí, donde habitaban los hombres, y el *Ucu Pacha* o mundo del subsuelo, en el que vivían los dioses relacionados con la fertilidad y los muertos (5). Los tres mundos formaban un todo sagrado y entre ellos se encontraba diversos puntos de contacto. El más directo de éstos era la ciudad del Cuzco, situada en la montaña cósmica, lugar desde el cual es más rápida la comunicación con el mundo de arriba. Si el Cuzco era un centro también lo era el Inca, *Hijo del Sol*, que propagaba su culto y los principios esenciales de la civilización. El Inca era un centro viviente, un ser semidivino cuya presencia en un lugar determinaba la inmediata *sacralización* del mismo. El carácter semidivino del Inca hacía también que la mayor importancia y solemnidad de ciertas celebraciones solares no estribara en su realización en la ciudad sagrada, sino donde el Inca estuviere. Sin embargo, es necesario llamar la atención sobre que lo divino en el Inca no es su persona, sino el cargo que ejerce. Es el cargo el que tiene *poder*, no la persona. Sólo así puede explicarse la continuidad que en las crónicas se aprecia acerca del sentimiento hacia el soberano, y al mismo tiempo, la suplantación de incas ocurrida varias veces en los últimos años del Estado cuzqueño. Si la persona que ejercía el cargo de *Inca* era sagrada como el cargo mismo, habría sido imposible desplazarla del poder. Vale la pena llamar la atención sobre la similitud existente entre los significados de *Inca* y *arquetipo*. José María Arguedas escribe que "INQA" (incca, conforme a la escritura tradicional) y no "INKA" es como se pronuncia esta palabra por los indios de Canas; e "INQA" no significa únicamente emperador; "INQA" denomina el modelo originante de cada ser, según la mitología quechua. Este concepto se conoce más comúnmente con el término "inkachu". "*Tukuy Kausaq vywakunaq INQAKUNA*", debe traducirse, pues, por el modelo o arquetipo originante de todo ser." (6). El Inca y el Cuzco centralizaban de esta manera la magnificencia del culto solar.

Volviendo por un momento a la división tripartita del mundo, podría pensarse que a esta conocida división del Cosmos corresponderían tres planos religiosos. En el nivel más alto un primer plano *estatal*, configurado especialmente por el culto solar cuya difusión es exclusiva del Estado del Cuzco. Este plano englobaría la organización religiosa del Esta-

SARMIENTO... op. cit... Cap. XIII, pp. 126 y ss.

MURUA... op. cit... Lib. I, Cap (en blanco), p. 24. del t. I.

5. VALCARCEL Etnohistoria... p. 139 y ss.

GARCILASO... op. cit... Lib. I, cap. VII.

6. ARGUEDAS, José María... "Taki Parwa" y la poesía Quechua de la República. En: Letras Peruanas, Año IV, N° 12. Lima, agosto de 1955. p. 74.

do, reunida también en torno al Cuzco y jerarquizada administrativamente dentro del Estado. El culto solar no parece tener una importancia muy grande —en forma unificada— antes de la aparición del Estado incaico. Es notable el caso de no encontrarse representaciones solares en cerámica (tan rica en otro tipo de imágenes) ni en otros restos arqueológicos, a excepción de las dos representaciones en oro que existían en el Cuzco y en Tumibamba, según los cronistas. El segundo plano dentro de la jerarquía religiosa era de extensión más reducida y se identifica con los cultos regionales que fueron sin duda de una importancia mucho mayor para la vida popular de la que hasta ahora suele atribuirseles. Son cultos organizados en torno a divinidades más o menos extendidas y poco estudiadas por la historiografía tradicional; podemos señalar a *Catequil* en la zona de Cajamarca, cuya importancia religiosa va a la par con la económica y social de esta región tan poco estudiada y cuya vida estuvo en mucho referida a la del reino Chimú. Dentro de esta categoría podemos señalar otras divinidades como *Kon Iraya*, *Pachacámac* (también llamado *Irma* o *Isma*) en las regiones centrales de sierra y costa respectivamente; y finalmente *Huiracocha* en la región sur de la sierra. Estas divinidades “regionales” son en realidad más antiguas que el culto estatal y más adentradas en el alma popular. Es indicio revelador de la política unificadora del Estado cuzqueño la no supresión de estos cultos regionales ante la supremacía evidente de la religión estatal. Relacionando este plano con la ya vista división del cosmos, podríamos identificarla con el *Cay Pacha*. El tercer plano es el que está directamente identificado con las comunidades locales. Es quizás éste el sector más antiguo de la religión andina. Las comunidades han mantenido ciertos cultos a través de los siglos aún hasta nuestros días y podemos relacionarlos con divinidades de la fertilidad, la tierra y la montaña, el agua, los cultos a los muertos, etc., que en sus conceptos generales se encuentran extendidos por toda la región andina, pero que en los rituales y ceremonias tienen caracteres locales que los diferencian. Este plano hasta hoy superviviente, puede ser identificado con el *Ucu Pacha* de las crónicas, y esta relación es más clara que en el caso anterior.

De este modo en el Cuzco, vinculado como ya se dijo a las hierofanías cósmicas, sucedían las mayores manifestaciones del culto, las fiestas más solemnes. Allí estaba el templo más importante y más suntuoso, el Coricancha, y el principal Acllahuasi o Casa de Escogidas. También era la residencia oficial del Inca. Estaba, pues, ligado al aparato político del estado incaico y era el principal centro religioso. Señala el cronista Martín de Murúa que en el Cuzco—que se supone vuelto a construir por Pachacútec— estaba representado todo el imperio, ya que la ciudad se hallaba dividida en cuatro zonas y esto fue extendido a todo el territorio. Veremos también que cuando se construye una ciudad se lleva tierra y otros elementos de la capital sagrada. Así sucedió con Tumibamba, la ciudad en que se localizó el poderío de la élite quiteña; allí se repitió el

plano del Cuzco sagrado, se hizo copias de los principales edificios de la capital e incluso —como lo afirma Murúa— se construyó una réplica de la huaca *Huanacauri* y de las otras huacas del Cuzco (7).

Desde el Cuzco se inició la implantación del culto solar en forma unánime. El encargado de hacerlo —según los cronistas— es Amaru Yupanqui, sucesor y correinante de Pachacútec y que es una figura excepcional dentro de la Capaccuna. Este fue enviado a efectuar un largo viaje por los territorios sujetos al Cuzco, destruyendo idolatrias, como afirman los cronistas y algunos autores —por ejemplo Rostworowski— (8). En realidad más que una suplantación de los cultos locales por el oficial del Cuzco, lo que hizo Amaru fue sobreponer a las religiones lugareñas la solar en forma obligatoria, pero sin destruir por ello los adoratorios ni prohibir el culto a las divinidades locales. Antes bien, llegó a rendirles homenaje y enviar réplicas al Cuzco para que fueran colocadas en el Coricancha, que englobaba así a todas las divinidades del territorio del Tahuantinsuyo (9). De esta manera empezó a funcionar en forma extensa el primer plano religioso del que hablábamos antes.

Pero el Cuzco no era sólo el centro religioso del imperio. Fue también el núcleo de acción de la élite tradicional. No es éste el momento de analizar el origen y desarrollo de la élite cuzqueña, pero sí vale la pena llamar la atención sobre la aparición de un nuevo sector privilegiado: el de la élite foránea de que antes hablamos.

Puede plantearse el problema de si Tumibamba fue construida como centro religioso local. Sabemos que se llevó a ella piedras procedentes del Cuzco y por lo tanto sagradas. El hecho que se construyera en ella un templo solar —y naturalmente un acellahuasi adjunto— no llama la atención. Era costumbre entre los incas que en toda ciudad construida por ellos hubiera dichas construcciones —réplica del Cuzco—, por lo que no es extraño que lo hicieran en Tumibamba. Lo que sí puede plantear un problema es que se haya hecho réplicas de las principales huacas del Cuzco, lo que puede encerrar un simbolismo sugestivo. El otro punto es el de llevar piedras de la ciudad sagrada, lo que tiene similitud con los ritos de fundación romanos. En las primitivas ciudades de Italia era costumbre que los fundadores enterraran en un lugar céntrico tierra del lugar de origen para que así pudiera decirse que también la nueva ciudad era tierra de sus antepasados.

Sin embargo la importancia religiosa de Tumibamba no sólo estaba dada porque allí habíase utilizado un plano copiado del Cuzco, con piedras provenientes de la capital, o por tener copias del templo solar, del

7. MURUA... *op. cit.*... Lib. I, Cap. (en blanco), pp. 24, 25. *Ibid.*... Cap. XXXII, p. 81.

8. ROSTWOROWSKI... *op. cit.*... pp. 236, 237.

9. VALCARCEL, Luis E... *La religión de los antiguos peruanos*. En: *Revista del Museo Nacional*. Lima, 1939. Vol. VIII, N° 1. p. 79.

acllahuasi o del palacio del Inca. También hay que tener en cuenta el hecho importantísimo de la presencia del soberano.

El Cuzco y el imperio estaban identificados. Su vinculación era tan íntima como la que existía entre el soberano y el arquetipo primordial Manco Cápac. El Cuzco y el Inca estaban, además, íntimamente unidos. Si el Cuzco era un *centro del mundo* fijo, el Inca era un *centro* movable. En el Cuzco estaba la montaña sagrada, el punto en que se unen cielo, tierra y subsuelo. El Cuzco es un centro y el simbolismo del centro "...abarca muchas nociones: la del punto de intersección de los niveles cósmicos (canal de unión entre el infierno y la tierra...); la de espacio hierofánico y en su virtud, *real*; la de espacio "creacional" por excelencia, único en el que se puede comenzar la Creación." (10).

Por todo esto, el Inca debía residir principalmente en el Cuzco. Cuando Huayna Cápac se aleja de la ciudad sagrada y permanece en el norte más tiempo del requerido para las conquistas en que estaba empeñado, y mucho tiempo después de terminadas éstas, provoca una situación desordenada en el plano religioso. Al alejarse mucho tiempo del Cuzco forma otro eje hasta cierto punto rival. Huayna Cápac se instaló en Tumibamba, que de este modo fue convertida en lugar sagrado, tomando así una importancia inusitada, realizada en el terreno de lo social por la cada vez mayor preponderancia de la élite foránea centralizada ahora en la zona de Quito. El alejamiento prolongado de Huayna Cápac de la ciudad del Cuzco motiva entonces una ruptura al originar un centro religioso rival de éste e inaugurar una época de predominio de la nobleza lugareña al mismo tiempo que decaía la fuerza que hasta entonces había mantenido la élite tradicional cuzqueña. Al momento de morir Huayna Cápac puede asegurarse que los dignatarios que lo rodean son casi íntegramente norteños.

Los problemas que planteaba esta prolongada ausencia de Huayna Cápac de la ciudad del Cuzco no eran solamente de un puro carácter político o social. Además de alborotar a los nobles, se produce un desquiciamiento del centro religioso tradicional que es el Cuzco. Al estar fuera de éste el Inca trasladaba consigo el centro religioso. El *Hijo del Sol* llevaba consigo la representación de la divinidad dondequiera que se hallara. Esto hacía que la posición del Cuzco como centro religioso se debilitara aumentando al mismo tiempo la importancia de Tumibamba como nuevo centro religioso originado —más que nada— por la presencia del Inca en ella. Sin embargo, observamos que el Cuzco no pierde ni perderá después de la guerra su tradicional posición de principal centro religioso de los Andes. Al morir Huayna Cápac se notará que los ojos del Tahuantinsuyo continúan dirigidos hacia el Cuzco ancestral.

10. ELIADE... Tratado de Hist. de las Rel... p. 354.

El desconcierto social originado por la creciente influencia de la élite foránea en el medio político, y la crisis religiosa motivada por el alejamiento de Huayna Cápac de la ciudad del Cuzco y por su instanciación en Tumibamba, van a crear un movimiento poderoso de reacción en la élite tradicional.

Esta reacción se manifestará a través de una rebelión de los orejones o soldados nobles del ejército del Inca. Relata el cronista Sarmiento de Gamboa que los nobles cuzqueños del ejército del norte se distanciaron del Inca. Las causas aparentes de esta actitud son dos: una militar —mencionada por Sarmiento— desde que los ejércitos incaicos acababan de sufrir serias derrotas en la región de los indios Pastos; y otra económica —realzada por el fraile mercedario Martín de Murúa— (11) y que parece centrarse en una carestía de alimentos y otros pertrechos. Estas causas son atribuidas por los orejones al prolongado alejamiento del Cuzco. Hay que tener en cuenta que los orejones debieron sentirse igualmente desplazados por la arrolladora influencia de la nobleza regional y, por otro lado, atribuían las desgracias de la guerra al alejamiento del Inca de la ciudad sagrada. Ya hemos hablado del desquiciamiento que esta lejanía del Inca significaba y los trastornos que traía en el mundo religioso del Cuzco tradicional. Además no hay que olvidar que concurrían factores sociales, como el ya indicado desplazamiento de la nobleza tradicional, y políticos, como la mayor libertad de acción que el Inca tenía cuando estaba lejos del Cuzco y de la acción controladora de la nobleza.

Estos factores, el desplazamiento de la nobleza tradicional, la falta de poder de ésta sobre el Inca alejado del Cuzco y rodeado ahora de auxiliares foráneos, se aúnan entonces al problema religioso ocasionado por el alejamiento del Inca y su establecimiento en el norte, para motivar la revuelta de los oficiales nobles del ejército.

Declarados en rebeldía, los orejones extrajeron la imagen solar del templo principal de Tumibamba y se prepararon para volver al Cuzco a espaldas del Inca, concentrándose en la plaza principal de la ciudad.

Enterado de esto, Huayna Cápac apeló a recursos desesperados (intervención de un oráculo femenino evocando la figura arquetipo de Mama Ocllo) y consiguiendo, gracias a un extraordinario reparto de prebendas, evitar el éxodo de los nobles cuzqueños. Parece que las concesiones que hizo en este momento el Inca encerraban el compromiso de regresar a la ciudad sagrada. Al momento de su muerte, se afirma que Huayna Cápac estaba en viaje al Cuzco.

Es importante llamar la atención sobre el hecho que lo que más resalta en la actitud de los orejones es el robo de la imagen solar. Si el Inca era considerado *Hijo del Sol* —calidad no extendida jamás a la no-

11. SARMIENTO... op. cit... Cap. LX, p. 244.

MURUA... op. cit... Lib. I, Cap. XXIV, p. 91, del t. I.

bleza— el hecho aumenta en interés. Los orejones se atribuyen ahora la calidad de *defensores del Sol*, al que cabría suponer vejado por el alejamiento de Huayna Cápac del Cuzco y el predominio creciente de la élite foránea. La reacción del Sol habría sido hacer recaer castigos sobre el Cuzco.

Muerto Huayna Cápac y designado finalmente un sucesor (Cfr. Cap. III), partió hacia el Cuzco la caravana fúnebre con los restos del Inca. Fueron con ella un buen número de nobles quiteños, al lado de los dignatarios del Cuzco. Atahualpa no fue a la ciudad sagrada, alegando razones de distanciamiento con su padre en los últimos tiempos, por motivos militares (12). Posteriores problemas van a ocasionar el envío del ejército del Cuzco hacia el norte (13). Luego viene la entronización de Atahualpa en Tumibamba después de los primeros eventos militares. Aquí es donde Atahualpa invoca un respaldo religioso, llamando la atención que no se apoye en una divinidad local —como sería de esperar— sino en la solar cuzqueña. Según Anello Oliva, Atahualpa, relató que se le había aparecido el inca Amaru Yupanqui, cuyo gobierno está teñido de un sugestivo matiz religioso vinculado sobre todo al culto solar (14). Si bien podría pensarse que esta leyenda ha podido ser urdida con posterioridad, se nota en ella la vinculación entre el Inca y la divinidad solar. Desde aquí es Atahualpa, a más de líder de la élite regional, un enviado de la divinidad. Repite el acto mítico de Manco Cápac y Pachacútec. Es una figura de cariz religioso cuya actitud está apadrinada por la divinidad solar. Sin embargo, el enfoque religioso de la guerra —lo repito una vez más— no debe hacer olvidar los problemas sociales, económicos y políticos que rodearon la gran rebelión, ni tampoco podemos dejar de lado el desarrollo de la misma en cuanto pueda aclararse.

Producido el conflicto con el enfrentamiento de las dos élites rivales, resalta ahora la posición de Atahualpa, reconocido en parte del Imperio como *Hijo del Sol*. Esto se verá reforzado posteriormente cuando en la ciudad de Tumibamba Atahualpa tome la *mascapaicha*, tradicional símbolo de autoridad entre los incas del Cuzco (15). Ahora está a igual nivel que Huáscar, no sólo en lo militar sino en lo religioso y lo político. Para el hombre andino se presenta ahora una disyuntiva religiosa. El símbolo político-religioso que es el Inca se encuentra en este momento duplicado: Huáscar en el Cuzco y Atahualpa en Tumibamba forman dos polos de acción religiosa y política. La situación es ambivalente. Intereses y lealtades diversas van a mover las decisiones de los pueblos para

12. SARMIENTO... op. cit... Cap. LXIII, p. 252.

13. SARMIENTO... op. cit... Cap. LXIII, pp. 254, 255.

14. ANELLO OLIVA, P. Juan... *Historia del Reino y Provincias del Perú...* Lima, Imp. y Librería de San Pedro, 1895. Lib. I, Cap. II, p. 65.

15. CIEZA DE LEON, Pedro... *Del señorío de los Incas*. Buenos Aires, Ediciones Argentinas Solar, 1947. Cap. LXXII, p. 324.

inclinarse al Cuzco o a Tumibamba, la ciudad que representa a la nobleza foránea. Es curioso observar que la costa norte del Perú actual va a ser, en general, partidaria de Huáscar, mientras que la costa central y sur —especialmente el curacazgo de Chincha— va a declararse por Atahualpa. La zona de Pachacámac parece permanecer neutral dada su elevada categoría religiosa, desde que Huáscar le hace consultas y Atahualpa confesará igualmente haberlas realizado.

Durante el conflicto la situación religiosa se mantiene dividida. Ambos ejércitos y sus partidarios civiles conservan su propio punto de vista religioso, así como mantienen el político. Se suceden consultas a las divinidades, sobre todo a Pachacámac. No es raro que se realicen estas consultas; la divinidad era interrogada sobre los problemas más importantes que vive el hombre —no sólo el andino, sino que es un fenómeno universal. En el incario se usaba entre otros el rito de la *callpa*, por el que se interrogaba a la divinidad sobre si estaba o no de acuerdo con el nombramiento de un sucesor (16). De este modo el dios participaba en la designación del que sería llamado *Hijo del Sol*.

Luego de las jornadas iniciales del conflicto, es sabido que Atahualpa no se acercó mucho al Cuzco. Sabemos, por Sarmiento de Gamboa, que se mantuvo en la sierra norte y que llegó hasta Cajamarca y Huamachuco. En este último lugar existía un célebre santuario, lo que confirman los religiosos agustinos que fueron a esas tierras en 1557. Allí se veneraba la divinidad llamada *Catequil* y a la que el Inca consultó sobre el desarrollo de la guerra. Como la respuesta fuera adversa, cuenta Sarmiento que Atahualpa montó en cólera, mató por mano propia al oráculo intérprete de la divinidad, destruyó el ídolo y el templo, incendiándolo luego para esparcir finalmente sus cenizas por los aires (17). Esto podría hacer pensar, a primera vista, que Atahualpa tenía animadversión contra el mundo religioso; puede afirmarse que sus actitudes indican un cierto desencanto ante lo religioso. Ya preso en Cajamarca, dirá a los españoles que no cree en Pachacámac desde que su hermano le consultó sobre el fin de la guerra y que la respuesta fue equivocada (18). Se aúna a esto que ya en Huamachuco había demostrado Atahualpa ser capaz de ir contra el orden religioso. No tenemos datos acerca de otras destrucciones de ídolos ni de lugares religiosos, pero vale la pena recalcar que lle-

16. SARMIENTO... *op. cit.*... Cap. LXII, p. 250.

La ceremonia de la *callpa* consistía en la apertura del vientre de un auquérido; luego, de acuerdo a la disposición de sus vísceras, el celebrante averiguaba la voluntad de la divinidad.

17. Refutación de los primeros religiosos agustinos... Lima, Miranda, 1952. p. 69.

SARMIENTO... *op. cit.*... Cap. LXIV, p. 259.

18. MURUA... *op. cit.*... Lib. I, Cap. LIII, p. 156. del t. I.

CABELLO VALBOA, Miguel... *Miscelánea Antártica*... Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Instituto de Etnología. Buenos Aires, Imprenta López, 1955. Parte III, Caps. XXIX y XXXI.

gó a hacer traer a Cajamarca el oro que estaba depositado en los templos y especialmente el que se hallaba en el Coricancha, sacrilegio éste que confirma su irreligiosidad. Aunque Cieza afirme que luego de la victoria sobre el Cuzco Atahualpa habría dicho que “sus dioses peleaban por él.” (19)

Sin embargo, a pesar de esta irreligiosidad de que hace gala, Atahualpa y sus generales mantendrán un respeto que podemos calificar de religioso por el Cuzco sagrado. Esta ciudad no fue violada, en sus centros principales de culto, por el ejército invasor. A pesar de que se realizó un saqueo en la búsqueda de los partidarios de Huáscar, no se ocupó ni alteró los espacios sagrados del Coricancha, el Acllahuasi y los palacios de los incas, a excepción, quizás, del de Huáscar. Puede pensarse que era imposible violentar el Cuzco, saquearlo era un sacrilegio. Más grave todavía era dar muerte en sus territorios a seres humanos; era una violación del centro sagrado. Por esta razón puede afirmarse que la matanza de la familia de Huáscar, que las crónicas relatan, no pudo realizarse nunca en la ciudad del Cuzco. Los vencedores de la guerra, luego de la decisiva batalla de Quipaypán y prisión de Huáscar, harán que se reúna la nobleza tradicional en el lugar llamado Quibipay y la obligarán a prestar obediencia *mochando* —es decir, adorando— una efigie de Atahualpa ubicada hacia el norte (20). De esta manera la élite tradicional cuzqueña acepta a Atahualpa como propio, como Inca y señor. El nuevo Inca es, desde este momento, el eje de la vida andina. Los vencedores, con Atahualpa a la cabeza, van a integrarse al Cuzco ancestral. Se cuzqueñizan, adoptando los esquemas de la ciudad-centro, inclusive en lo religioso. La nueva élite suplanta a la tradicional, ocupando su lugar en el cosmos tripartito de los incas del Cuzco.

III. Tenemos todavía un confuso panorama sobre lo que sucedía en los momentos en que se produce la sucesión del poder entre los incas. No sólo sabemos que eran aquellos momentos de conmoción en la élite y ciudad del Cuzco, sino que es muy probable que estos movimientos repercutieron en el resto del territorio gobernado por el Inca.

Ha sido tradicional entre los historiadores que se han ocupado del incario, el considerar la trasmisión del poder de un modo muy semejante a como ocurría en la Europa de 1500. Para esto se basaron en los cronistas de los siglos XVI y XVII que, si bien son fuente inexcusable para este estudio, no pueden ser utilizados sin una crítica exhaustiva que elimine lo que el cronista asimilaba a moldes europeos. Sólo de esta manera puede entenderse cómo las crónicas nos hablan de una sucesión dinástica en

19. CIEZA... op. cit... cap. LXIII, p. 328.

20. MURUA... op. cit... Cap. LV, p. 162.

CABELLO VALBOA...op. cit... Parte III, Cap. XXXI, p. 460.

la que el hijo mayor recibe automáticamente el poder a la muerte de su padre. También incorporan los conceptos de legitimidad y primogenitura, básicos para Europa, tal como entonces eran concebidos entre los hombres de cultura europea; pero distintos y hasta inexistentes entre los incas. El sistema de herencia del gobierno mediante la institución de la primogenitura y basada también en un *mayorazgo* de tipo europeo es imposible de hallar entre los incas. Ya en 1946, John Rowe había reaccionado contra esta tendencia generalizada, cuando señala claramente la existencia de un sistema de designación del sucesor, aunque afirme que no tenían una detallada regla para estos casos. (1)

Las crónicas hablan muchas veces de una ininterrumpida sucesión de gobernantes desde Manco Cápac hasta Huáscar y Atahualpa; pero esta línea establecida por los autores de los siglos XVI y XVII, tiene algunas alteraciones que las crónicas describen bajo el cambio de "dinastía" ocurrido entre Cápac Yupanqui e Inca Roca (2) y los movimientos de diversos grupos de la élite en tiempos de Pachacútec, Amaru Yupanqui y Túpac Inca, Huayna Cápac y en el período final de Huáscar y Atahualpa. Sin embargo, y en lo que se refiere a la primera época, puede afirmarse que el cambio ordenado de gobernantes sólo puede funcionar mediante una previa organización del Estado. El ejercicio del poder se presenta en los primeros tiempos de la confederación cuzqueña como una situación violenta, a pesar de la existencia de grupos de ancianos identificados con los amautas de la época de apogeo, debido a que el poder en momentos de emergencia era confiado a las manos más fuertes y eficaces del *sinchi* o jefe de guerreros. (3) La sucesión al poder no pudo estar revestida de los caracteres de uniformidad y orden que los cronistas le atribuyeron mientras no existió una organización estatal, lograda tan sólo en la época de Pachacútec. (4) La organización del Estado presupone no sólo la centralización definitiva de la autoridad, sino también la estructuración de un sistema jurídico, conjunto de normas que regulen no sólo la actividad del Estado sino las relaciones entre sus miembros (5). En Pachacútec se concentra una asombrosa tarea legislatora hasta el punto

1. Ya en 1946, John H. Rowe había reaccionado contra esta tendencia generalizada, cuando señaló claramente la existencia de un sistema de designación del sucesor, aunque afirma que no tenían una regla detallada para estos casos. ROWE... op. cit... p. 257.

2. Sobre este cambio se ha escrito bastante; pero siempre considerándolo un asunto dinástico, a la manera europea. Generalmente los cronistas han hablado de este punto y de su lectura se puede apreciar que esa crisis preestatal puede considerarse como un problema de grupos y presiones dentro de los sectores dominantes del Cuzco, y de ninguna manera como un simple problema de "cambio de dinastía" o de élite.

3. ROWE... op. cit... p. 256.

4. ROSTWOROWSKI. op. cit... p.

5. El ordenamiento legal lo encontramos prácticamente instalado desde la época de Pachacútec. Antes de éste, las mismas crónicas proporcionan datos muy

que este inca puede tomar el carácter de arquetipo jurídico (6). Los datos sobre su tarea legal abundan, especialmente en el trabajo de María Rostworowski de Diez Canseco, ya mencionado. Por otro lado, la organización del estado trajo novedades para los pueblos andinos ligados al Cuzco, especialmente en el terreno religioso. Sabemos que el culto solar tiene caracteres especiales en la zona andina y está probablemente ligado al viejo culto a la tierra; es posible que su origen esté limitado a la zona cercana al Cuzco y de donde fue extendido. Sin embargo, sólo en la época de Amaru Yupanqui, primer sucesor de Pachacútec, parece encontrarse una unificación de los rituales solares. Amaru Yupanqui, correinante, realiza un extenso viaje por las regiones sometidas al Cuzco implantando los rituales solares cuzqueños. (7)

Desde el momento de la aparición del Estado, la sucesión al poder toma caracteres nuevos, aparte de la institución del correinado que analiza Rostworowski. Sarmiento de Gamboa relata que al morir Pachacútec "... diputaron dos orejones que guardasen el cuerpo, para que nadie entrasen ni saliesen a dar nueva de su muerte hasta la orden que se había de dar ... (8). Esto aparecería vinculado a la fuerza que la élite representaba y que ejercitaba en sus diferentes facciones o grupos. La disposición que la crónica atribuye a Pachacútec parece emanar de los grupos de la élite que lo apoyaban y que intentaban de esta manera evitar que otros sectores rivales aprovecharan de la circunstancia que la muerte del Inca les proporcionaba para adueñarse del poder. El cronista Cristóbal de Molina, el almagrista, relata que a la muerte de Paullo Inca, prominentemente personaje cristianado, los indios acudieron a rodear su casa con gran despliegue de armas, ruido y movimiento, y que cuando se les preguntó la razón de lo que hacían contestaron que eso era para evitar que alguien se aprovechara de la muerte de su señor para adueñarse de su casa y bienes antes que el sucesor tuviera oportunidad de hacerlo; y que era costumbre ancestral en ellos. (9) Estas costumbres pueden vincular-

parcos y difusos, aparte de la tarea legal que corresponde al arquetipo mitológico Manco Cápac.

GARCILASO... op. cit... Lib. II, Cap. IX, p. 156 del T. I.

SARMIENTO... op. cit. Cap. XI, p. 118.

SANTA CRUZ PACHACUTI... op. cit... p. 143.

6. Murúa afirma que Pachacútec es hijo de Manco Cápac; lo que llama la atención porque a Sinchi Cozque, al que Montesinos considera sucesor de Manco Cápac, lo llama este último Pachacuti II. (Cfr. cita /10) del Cap. I.)

7. ROSTWOROWSKI... op. cit... p. 236.

8. SARMIENTO... op. cit... Cap. XLVIII, p. 221.

9. MOLINA, El almagrista, Cristóbal... *Relación de las muchas cosas acaecidas en el Perú en suma, para entender a la letra la manera que se tuvo en la conquista y población de estos reinos...* Lima, Miranda, 1943. p. 49.

TEMPLE, Ella Dunbar... *La Descendencia de Huayna Cápac; Paullu Inca.* En: *Revista Histórica*, Vol. XI, entrega III, y ss. Lima 1937. Para todo lo referente a este tema es éste el estudio fundamental.

se a una organización estatal en que los grupos sociales que detentan el poder están en pugna con otros que quieren alcanzarlo. Como ya veremos luego, las circunstancias que rodearon la muerte de Huayna Cápac justificaron este tipo de prevenciones.

En principio puede hablarse de una designación del o de los probables sucesores. María Rostworowski de Diez Canseco opina que esta designación estaba vinculada a la institución del correinado; pero ésta sólo se ve claro en el caso de Pachacútec con Amaru Yupanqui y Túpac Inca. Sin embargo, la designación aparece claramente configurada en repetidos casos. Pero hay que aclarar que, contra lo que los cronistas parecen indicar, no bastaba la mera designación del sucesor para que éste pudiera incorporarse al gobierno. Era necesario que la élite, o por lo menos un fuerte sector de ella, diera su consentimiento y apoyara al designado. Ya había sido resaltada esta influencia de la élite por Riva Agüero, en 1910 (10). Valcárcel afirmó que era la corte del Cuzco quien tenía la opción a elegir, luego que el Inca desaparecía. Pero esto no basta. En el caso de Amaru Yupanqui y su correinado con Pachacútec, se nota claramente la designación por el inca. (11) Cuando se trata de designar a Túpac Inca, Sarmiento de Gamboa trae la descripción de una ceremonia en la que Pachacútec nombra su sucesor delante de "... los ingas sus deudos de Hanancuzco y Hurincuzco..." El cronista hace aparecer el hecho como una imposición del gobernante (12), pero dadas las circuns-

10. RIVA AGÜERO... op. cit... p. 105 y ss.

Civilización Tradicional Peruana, Lima, 1937, lecc. VIII.

Riva Agüero e Imbelloni mencionaron el problema del cambio de dinastía (Cfr. Cita (I) del Cap. I, y el primero de estos autores resalta la influencia que desde el punto de vista de las panacas del Cuzco y se pregunta si las panacas de Hanan Cuzco existieron desde la primera época junto a las cinco originales de Hurin Cuzco. (op. cit... pp. 15-16). Es indudablemente difícil creer que la versión "oficial" de los cronistas acerca de que cada Inca estableció una panaca sea absolutamente cierta. Las crónicas afirman que cada soberano instituyó una panaca, o ayllu de la élite, independiente y que encargó del mando de ella al segundo de sus hijos, reservando al "mayor" para sucederle en el cargo gobernante. Esto podría ser asimilado a los sistemas occidentales de acceso al poder, pero no encuadran en la cultura incaica. Más posible es, a mi juicio, que las panacas de la última época funcionasen como grupos autónomos y antiguos y que su relación con los gobernantes incas de la lista tradicional o Capaccuna estuviera no en haber sido fundadas por cada uno de ellos, sino en que las dichas panacas prestaron su apoyo a los diferentes gobernantes. Cada inca podría ser considerado como proveniente de una panaca y símbolo de ella y ésta sería la razón principal del apoyo. Sin embargo, subsiste el problema para la época final. Huáscar y Atahualpa funcionan fuera de las diez panacas tradicionales —aunque en cierto momento se vinculen fuertemente algunas de ellas— y eso no indica que necesariamente debieran formar nuevos grupos.

11. LAS CASAS... op. cit... Cap. XXV, p. 136.

SANTA CRUZ PACHACUTI... op. cit... p. 245.

GARCILASO... op. cit... Lib. VI, Cap. XII, p. 209.

12. SARMIENTO... op. cit... Cap. XLII, pp. 205, 205.

tancias ya explicadas del predominio creciente de la élite militar sobre la religiosa, puede pensarse que la situación real fue a la inversa. Es la élite la que impone a Túpac Inca (13). La figura del correinado podría sugerir que el sucesor debía ser necesariamente hijo del inca que lo precedía, pero no siempre funciona así. Algunas veces puede verse que uno que no es el "hijo del rey" intenta apoderarse del poder (lo que hace presumir que el acceso al poder era permitido a quienes no tenían "derecho" siempre que una fuerza suficiente los amparase); Tales los casos de Cápac Huari y Hualpaya al morir Túpac Inca y que, siendo rivales como el primero o asesores como el segundo, intentaron suplantar a Huayna Cápac en el acceso al poder, sin que haya prueba que fueran sus "hermanos", salvo, tal vez miembros de la misma panaca. (14) Esto hace pensar en que el sucesor no debía ser *necesariamente* hijo del inca anterior. En todo caso, el parentesco podía ser fácilmente simbolizado por razones religiosas.

Según Rostworowski, el correinado se formaba por la designación de uno o dos posibles sucesores como sucedió con Amaru Yupanqui y Túpac Inca, juntos o separadamente; pero esto no puede extenderse de igual manera a otros incas. Puede, tal vez, afirmarse un correinado entre Huiracocha y Urco, pero aquí la situación es demasiado confusa. Las crónicas nos presentan claro el caso de Amaru Yupanqui y Túpac Inca actuando con Pachacútec, pero los demás casos son problemáticos. Huayna Cápac no debió correinar con Túpac Inca, ya que era aún muy joven e inexperto al morir éste; si no fuera así no se explicaría la designación de Hualpaya como asesor de Huayna Cápac, cuya nominación surgió precisamente de la juventud e inexperiencia del nuevo gobernante. En el caso final de Huáscar y Atahualpa, ninguno de ellos actuó como correinante, salvo el caso del primero, que fue encargado del gobierno de la ciudad del Cuzco durante la ausencia del Inca. Tampoco sucede cosa semejante con Ninan Cuyochi, que tercia en la situación y que sólo aparece —antes de la muerte de Huayna Cápac— llevando tropas al norte junto con Atahualpa. El correinado, entonces, podemos ubicarlo sólo en el caso de Amaru Yupanqui y Túpac Inca con Pachacútec. Lo que sí funcionó en todos los últimos casos fue la designación del sucesor por el gobernante (o de los probables sucesores) aunque, como ya dijimos, no podría asegurarse con certeza que este sucesor fuera siempre *hijo* del inca y de la coya; el caso de Cápac Huari que dirigió el alzamiento contra Huayna Cápac en los primeros momentos de su gobierno, fue motivado porque, an-

13. RIVA AGUERO... La Historia en el Perú; p. 131, 132.

14. SARMIENTO... op. cit... Cap. LV, p. 236; Cap. LVI, p. 238.

MURUA... op. cit. Lib. I, Cap. XXVIII, pp. 70-72 del T. I.

SANTA CRUZ PACHACUTI... op. cit... p. 255.

tes de morir, Túpac Inca lo habría designado sucesor aún no siendo hijo de la coya (15).

No podemos considerar al Inca sólo como una figura política. *El hijo del Sol* formaba un punto especial de comunicación entre los mundos celeste —morada de los dioses— y el terreno. Era un *Centro del mundo* viviente, así como el Cuzco lo era físicamente. Por esta razón el lugar en que el Inca se hallaba era también *sagrado*, su presencia lo transformaba y esto lo notamos en la ciudad norteña de Tumibamba donde se establece Huayna Cápac, alejándose del centro sagrado primordial que era el Cuzco. Pero, sin embargo, no llegó a crearse totalmente la división del mundo andino. La prueba de esto es que a pesar de la rebelión de los orejones, miembros de la élite cuzqueña que peleaban en el ejército del norte de Tumibamba y de la que ya hemos hablado, las miradas no se alejaron del Cuzco ancestral.

Próximo a morir, Huayna Cápac no parece haber designado un correinante como se hizo en épocas anteriores. Tampoco está claro que hubiera designado un heredero del poder. A lo más se puede afirmar que Huáscar habría sido nombrado para gobernar el Cuzco en ausencia del inca (16). Sin embargo, las crónicas afirman que Huáscar fue designado sucesor antes que Huayna Cápac abandonara el Cuzco; pero lo que no está nítido es por qué el sucesor quedó en el Cuzco, cuando lo indicado era que fuese con su antecesor a la conquista de las regiones de Quito. Como es natural, el cargo de correinante debía aparejar un adiestramiento intensivo al lado del gobernante (17). Lo más probable es, repetimos, que hubiera quedado sólo como gobernante de la ciudad del Cuzco, de la misma manera como quedó Amaru Yupanqui durante las ausencias militares de Túpac Inca. (18)

Huayna Cápac enfermó finalmente de una peste que asoló la región norte del Tahuantinsuyo y cuyo recuerdo perduró hasta después de la conquista española (19) y que algunos cronistas identificaron como viruela. Poco antes de morir, el inca designó a los probables sucesores: Ninan Cuyochi y Titu Cusi Huallpa, luego llamado Huáscar; en los primeros momentos no se menciona a Atahualpa. Los datos sobre el primero de los designados son vagos, Sarmiento de Gamboa afirma que Ninan Cuyochi y Atahualpa fueron encargados de llevar tropas de refuerzo al Inca durante la campaña para conquistar el norte de Quito y Murúa dice que

15. SARMIENTO... op. cit... Cap. LV
 CABELLO VALBOA... op. cit... Parte III, Cap. X.
 ROSTWOROWSKI... op. cit... p. 244.

16. SARMIENTO... op. cit... Cap. LX, p. 241. (afirma que el gobernador del Cuzco fué, en esta ocasión, Guaman Achachi).

17. ROSTWOROWSKI... op. cit... p. 236.

18. SANTA CRUZ PACHACUTI... op. cit... p. 191.

19. MURUA... op. cit... Lib. I, Cap. XXXVII, p. 103 del T. I.

ROWE... op. cit... p. 208.

acompañó a Huayna Cápac en sus últimos días (20). Pero Ninan Cuyochi desaparecerá luego de la escena, víctima de la misma enfermedad que matara a su padre y quedará sólo Huáscar en el camino al poder. Valcárcel opina que se designó a Ninan Cuyochi y que luego la élite cuzqueña impuso a Huáscar como sustituto (21). Sarmiento afirma claramente que Huayna Cápac designó primero a Ninan Cuyochi y que luego —para el caso que la *callpa* fallara en contra del designado— propuso a Huáscar (22). Esto no parece ser cierto y no se encuentra en las crónicas ningún vestigio de disposición similar. Esta designación ambigua que relata el cronista y que hace dudar mucho a los historiadores podría más bien deberse a luchas intestinas en la élite cuzqueña, dividida como siempre en dos bandos rivales que apoyaban ya a Ninan Cuyochi, ya a Huáscar. No puede dejarse de lado la información que trae la *Declaración de los Quípuacamayocs a Vaca de Castro* en el sentido de que los partidarios de Ninan Cuyochi hicieron un desesperado esfuerzo destinado a colocarlo en el poder por encima de cualquier presión contraria y que, para doblegarla, fue necesaria la intervención de Auqui Topa, hermano del soberano fallecido, quien auspició una reacción en la misma élite para afirmar a Huáscar en el poder (23).

Para realizar la ceremonia de la *callpa* fue designado Topa Cusi Yupanqui, quien procedió a efectuarla con respecto a Ninan Cuyochi primero y luego con referencia a Huáscar, fracasando ambos intentos. Cuando se quiso pedir un tercer candidato al inca enfermo, éste ya había fallecido.

En estos momentos se originaron sin duda conflictos y presiones diversas de la élite; los partidarios de cada uno de los dos candidatos que fueron sometidos a la *callpa* augural, debieron movilizarse en busca de una mejor posición. Se formaron facciones que apoyaban a Ninan Cuyochi o a Huáscar y se habla de ciertos acontecimientos como un curioso matrimonio entre Raua Ocllo, madre de Huáscar, y la momia del recién fallecido Huayna Cápac (24). Con esto quieren algunos legitimar el "derecho" de Huáscar al poder. También se habló del envenenamiento de Ninan Cuyochi (25). Es necesario dejar en claro que la cuestión del matrimonio póstumo entre Huayna Cápac y Raua Ocllo no tiene fundamento razonable, desde que entre los incas la sucesión al poder no sobrevenía

20. MURUA... op. cit... Lib. I, Cap. XXXIX, p. 108 del T. I.

SARMIENTO... op. cit... Cap. LX, p. 242.

21. VALCARCEL, Luis E... *Final de Tawantinsuyu*. En: Revista del Museo Nacional, Lima, 1933. T. II, N. 2, p. 80.

22. SARMIENTO... op. cit... Cap. LXII, p. 250.

23. *Declaración de los Quípuacamayocs a Vaca de Castro...* en: Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia del Perú. Lima, 1920. T. III, Segunda serie. p. 26.

24. SANTA CRUZ PACHACUTI... op. cit... p. 266.

25. TEMPLE, Ella Dunbar... *La Descendencia de Huayna Cápac...* en: Revista Histórica. Lima, 1937. Vol. XI, Entregas I-II, p. 109.

por primogenitura o filiación legítima, sino teniendo en cuenta sobre todo la capacidad. En la época final el acceso al poder se realizó en dos momentos, mediante una primera designación por el Inca y una posterior aprobación por la nobleza. Las informaciones de los cronistas acerca de una sucesión dinástica y patrilineal, basada en la primogenitura y filiación legítima, son originadas en moldes europeos a los que estos autores estaban hechos y no corresponden a la realidad del país de los incas. El hecho que un cronista de sangre india como Juan de Santa Cruz Pachacuti señale este matrimonio no debe extrañarnos, puesto que cuando Santa Cruz escribe está influido por el modo de vida e ideas españolas; Santa Cruz es ya un mestizo en el sentido cultural y amplio de la palabra. Se confiesa católico romano y sus esfuerzos por parecerlo son notorios. Cosa similar sucede con otros cronistas que no sólo asimilan las instituciones incaicas a las europeas sino que también carecen, como testigos, de un criterio sano para juzgar las informaciones que poseen y que luego escriben, generalmente en un castellano salpicado de términos quechuas. Es por todo esto que es necesaria una interpretación de los textos de los cronistas a la luz de los nuevos estudios sobre el pueblo andino, aún para trabajar los momentos finales del Imperio, como el que estudiamos. La designación que hizo recaer Huayna Cápac en Ninan Cuyochi y Huáscar está dentro del sistema que hemos mencionado. Lo que no aparece claro hasta ahora es la presencia de Atahualpa.

Podemos partir de la base que Atahualpa no fue en ningún momento señalado como sucesor; de haberlo sido habríasele incluido en la prueba de la callpa, ya mencionada. Además habría quedado algún rastro en las relaciones de hechos que se hizo a los cronistas y que éstos conservaron. No hasta el hecho que Huayna Cápac hubiera demostrado una especial predilección por este hijo suyo, como afirman algunos cronistas, entre ellos el padre Juan de Velasco (26) quien afirmó que Atahualpa era hijo de *Scyry Pacha*, reina de Quito. Esta predilección cierta o falsa del Inca lo habría llevado a dejar una disposición testamentaria por la que Atahualpa habría "heredado" el "reino de Quito" (27). Esto dio origen a una tesis muy difundida primero por cronistas y luego por historiadores y que presumía un "derecho sucesorio" que Atahualpa habría ejercido en el conflicto con el Cuzco. La hipótesis mencionada puede someterse a seria crítica desde que la institución testamentaria de que se habría valido Huayna Cápac para entregar la zona quiteña a Atahualpa, no exis-

26. Velasco, P. Juan de... Historia del Reino de Quito en la América meridional, escrita por el Presbítero... nativo del mismo reino. Quito, Emp. Editora "El Comercio", 1946. Parte II, Lib. II, p. 87.

27. VELASCO... op. cit... Parte II, Lib. II, p. 90.

ZARATE, Agustín de... Historia del descubrimiento y conquista del Perú. Lima, Miranda, 1944. Lib. I, Cap. XII, p. 48.

GARCILASO... op. cit... Lib. IX, Cap. XV, p. 354.

Declaración de los Quipucamayocs... p. 23.

tía entre los incas, por lo menos con caracteres semejantes a la institución europea que los cronistas aplican. No es cierto que Huayna Cápac dejara marcas en un bastón y que esto indicara su última voluntad. Si tal cosa hubiera existido es seguro que encontraríamos costumbres similares como supervivencias en la región andina y en la época posterior a la conquista española, cosa que no ha sucedido. Por otro lado, el afecto ya mencionado de Huayna Cápac por Atahualpa no lo pudo llevar a una designación que dividiera el territorio, como ya lo hemos indicado.

El Imperio de los Incas era una unidad cósmica dividida en los tres planos antes mencionados. Y de la misma manera como estos mundos eran inseparables, lo era cada uno de ellos entendido en dimensión horizontal. El Imperio centralizado en el Cuzco era el mundo ordenado por acción de la divinidad y nadie tenía poder para separarlo, ni aún el Inca. El centro religioso que era el Cuzco era un *umbilicus mundi*, el lugar desde el cual había comenzado la creación (28). Y esta creación era continuada mediante los rituales de fundación de que hablamos anteriormente y que funcionaban incorporando los nuevos territorios conquistados por los cuzqueños a su mundo ordenado y poseedor de una unidad imposible de romper. Huayna Cápac jamás pudo dividir el Imperio y las informaciones que proporcionan los cronistas en este sentido son motivadas, como en otros casos, por puntos de vista europeos. Los territorios de un rey europeo podían ser divididos entre sus hijos o sucesores; así sucedió con Carlos el Calvo, Luis y Lotario a la muerte de Carlomagno y con Felipe II y Fernando de Habsburgo a la muerte de Carlos V. Además, hay que tener en cuenta las observaciones del profesor ecuatoriano Jijón y Camaño acerca de los grupos humanos preincaicos en el actual territorio ecuatoriano; nunca existió el “reino de Quito”, presunta “herencia materna” de Atahualpa.

Muerto Huayna Cápac “...sus parientes y capitanes embalsamaron su cuerpo y con todo el silencio del mundo, sin hacer llantos, ni muestras de dolor ninguno, porque los naturales de la tierra no se lo sintiesen y se alzasen, lo truxeron a Tomebamba con el mismo recato, hasta dar orden en el Gobierno de aquellas provincias...” (29); continuando la costumbre establecida desde la muerte de Pachacútec y ya anotada. La numerosa comitiva que acompañaba al Cuzco al Inca fallecido fue constituida por los más altos dignatarios cuzqueños que se hallaban en la región de Quito. Al mismo tiempo se encargó a Rahua Ocllo, madre de Huáscar, se adelantara a la ciudad del Cuzco para transmitir a su hijo la designación que había recaído en él por nombramiento de la élite, luego que Cusi Topa Yupanqui, quien presidió la callpa augural, fracasara en su intento de conseguir que el moribundo Huayna Cápac designara un tercer candidato.

28. ELIADE, Mircea... *Imágenes y Símbolos*. Madrid, Taurus, 1955. p. 46.

29. MURUA... *op. cit.* Lib. I, Cap. XXXIX, p. 109 del T. I.

No debió ser muy popular en los grupos dirigentes el encumbramiento de Huáscar. Los problemas que rodearon la designación del sucesor por una parte, y por la otra la actitud de los grupos de la élite que apoyaron a Ninan Cuyochi quien —según Sarmiento— “se atrevió a querer que a él le recibieran por Inca...” (30) y que se manifestarán luego en la resistencia al nuevo inca y en el apoyo indiscutible de que gozó la rebelión de Atahualpa, permiten pensar de esta manera.

IV. Siempre se ha presentado a los últimos incas como hermanos encarnizadamente enemigos, dirigentes activos de dos facciones rivales que los endiosaban. También se ha hecho hincapié en la legitimidad de Huáscar y en la bastardía de Atahualpa. Se ha discutido hasta la saciedad si el último inca era hijo de una concubina cuzqueña —una india quillaco, dice Cieza (1)—, de la irreal princesa Paccha de Quito, como lo quiso el padre Juan de Velasco, o de un indígena de Chachapoyas al decir de Huamán Poma. Hay que decir una vez más que no puede encararse el conflicto entre el Cuzco y Quito como la lucha fratricida sobre la que tanto se ha escrito. Huáscar y Atahualpa representan facciones diversas, pero el problema está en identificarlas. El gobierno de Huayna Cápac estuvo indudablemente apoyado por sectores militares de la élite tradicional que formaban parte del ejército del norte en Tumibamba. A su muerte podría suponerse que los mismos sectores ya reconciliados apoyarían a Huáscar. Por otro lado, se coincide en presentar a éste como apoyado por la élite religiosa cuzqueña, lo que hace pensar que en realidad estaba respaldado por sectores pertenecientes a los grupos religiosos y militares de la élite tradicional. Sin embargo, este apoyo no debió ser constante porque, como relata el padre Murúa, hubo movimientos revolucionarios como el de Ninan Cuyochi, ya mencionado, y otro encabezado por Chusqui Huamán y encaminado a suplantarlo a Huáscar con Cusi Atauchi que era “... más llano y afable con ellos y más bien acondicionado...” (2). El caso de Atahualpa es aún posterior.

El problema de la legitimidad ha sido largamente discutido y sobre él se pronuncian autores de prestigio (3); pero ya anotamos cómo este

30. SARMIENTO... op. cit... Cap. XXVIII.

1. TEMPLE, Ella Dunbar... Atahualpa Cuzqueño. En: “La Prensa”, Lima, lunes 28 de julio de 1947. La descendencia de Huayna Cápac... (Ya citado. Cfr. III. Nota 25).

GUIMARAES, Enrique... ¿Atahualpa fue cuzqueño o fue quiteño? En: *Revista de la Universidad de Trujillo*, N. 2, 1942.

KUBLER, George Alexander... The behavior of Atahualpa... En *Hispanic American Historical Review*, Vol. XXV, N. 4. Duke University Press, 1945.

2. MURUA... op. cit... Lib. I, Cap. XL, p. 112 del T. I.

3. RIVA AGUERO... *Civilización Tradicional*... Cap. XIII.

TEMPLE... *La descendencia de Huayna Cápac*... pp. 95, 109.

criterio no funcionaba para la sucesión al poder. La *legitimidad* de que nos hablan los cronistas está calcada de moldes europeos y está directamente vinculada a la institución matrimonial cristiana, monogámica e indisoluble y muy distinta de la institución similar entre los incas.

El hecho que Huáscar figure como cuzqueño es indiscutible. La tradición y las crónicas lo hacen nacer en *Huascarquehuar* (4), un lugar cercano al Cuzco y no se discute su vinculación con la ciudad sagrada. Sin embargo hay que tener en cuenta que no todos los sectores del Cuzco están al lado de Huáscar en el conflicto con Quito. Sus actos van a granjearle la enemistad de ciertos grupos que actuarán en su contra. Rostrowski opina que la guerra entre el Cuzco y Quito no fue otra cosa que la lucha entre dos panacas o grupos de panacas que apoyaban a Huáscar y Atahualpa y a las que éstos representaban (5), pero en realidad es difícil precisar los grupos que apoyaron a Huáscar y a su contrincante; además esto no quiere decir de ninguna manera que hubiera una relación *familiar* (a nuestro criterio) entre los dos últimos Incas. Aunque hubiera existido dicha relación, nada habría tenido que ver con la situación de los grupos cuzqueños en guerra con los foráneos. La división de la élite del Cuzco no se debió a motivos familiares o a enemistades personales entre las panacas, sino más bien a razones de resentimiento contra las actitudes arbitrarias de Huáscar en distintos terrenos y al hecho de que otros candidatos favorecidos por determinadas panacas o grupos hubieran sido pospuestos, tales los casos de Ninan Cuyochi o Cusi Atauchi.

La cuestión del nacimiento cuzqueño o quiteño de Atahualpa ha originado una discrepancia entre los cronistas y también entre los historiadores, que ya mencionamos, y que puede considerarse exagerada. El que Atahualpa haya nacido en Quito (6) no tiene la importancia que se le ha querido adjudicar. Tampoco tiene interés fundamental que su madre haya sido Paccha (princesa procedente de un país fantástico cuya invención es propiedad del padre Velasco, cronista del Quito colonial y que ha sido desmentido tantas veces) o alguna de las ya mencionadas, no aumenta mayor interés a su figura o a su actuación política posterior. Lo que verdaderamente interesa a la Historia es la actitud del último inca hacia el Imperio, la élite y el Cuzco y no el discutido hecho de su nacimiento, que no influyó necesariamente en su vida ni en su actuación posterior.

Vale la pena llamar la atención sobre la relación entre los dos últimos incas antes de la guerra. Tanto el uno como el otro debieron recibir

4. SARMIENTO... op. cit... Cap. LXIII, p. 252.

5. ROWTWOROWSKI... op. cit... p. 246.

6. VELASCO... op. cit... Parte III, Cap. X, p. 87.

GARCILASO... op. cit... Lib. IX, Cap. XII, p. 348.

ZARATE... op. cit... Lib. I, Cap. XII, p. 47.

ANELLO OLIVA... op. cit... Lib. I, Cap. II, pp. 58, 59.

VALCARCEL, Luis E... *Del ayllu al Imperio*. Lima, Garcilaso, 1925. 3ª parte, p. 109.

la influencia de los amautas del Yachayhuasi cuzqueño, formación obligada para todo miembro de la clase dirigente, y que culminaba con la ceremonia del *huaracu* o *huarachico*, ritual de iniciación de la élite. Este ritual comenzaba con un riguroso ayuno por medio del cual se purificaba a los participantes. Luego del ayuno había pruebas de orden físico y destreza en el manejo de las armas. En esta ceremonia se horadaba las orejas de los jóvenes participantes y se les calzaba las *usutas* o sandalias que correspondían a su jerarquía.

Huáscar ha sido sindicado tradicionalmente como el representante típico y "legítimo" de la élite cuzqueña y todavía es un lugar común señalarlo como una víctima de su infortunio y de la felonía de su "hermano sanguíneo" que era apoyado por un sector disidente de la élite. Se dio la imagen de un Huáscar bueno y tradicional, religioso y vinculado a la casta sacerdotal, paralela a la cual se había creado la visión de un Atahualpa sanguinario y regicida, ambicioso y aficionado a crueldades sin sentido. Sin embargo, la lectura desapasionada de las crónicas nos enfrenta a dos simples hombres llevados por las circunstancias a posiciones diversas y a una guerra encarnizada en la que se definía el predominio de dos sectores sociales. Sobre el nacimiento del penúltimo inca nada se discute, si se exceptúan las cuestiones sin importancia acerca del origen de su nombre; se dice que fue originado por haber nacido en Huascarquehuar o, según otros, porque Huayna Cápac mandó hacer una cadena de oro de trescientos cincuenta pies de largo (7) que luego fue arrojada a la laguna de Mohina.

A diferencia de Atahualpa, que parece haber estado desde joven en las regiones recién conquistadas de Quito (esto no excluye una estancia obligada en el Yachayhuasi; el único dato que tenemos de Atahualpa en el Cuzco lo trae Sarmiento de Gamboa cuando habla de un viaje de éste con Ninan Cuyochi llevando refuerzos a las tropas que Huayna Cápac tenía en el norte del Imperio), Huáscar vivió toda su vida en el Cuzco y esto ha hecho que se le identificara más claramente con la nobleza cuzqueña tradicional. Cuando Huayna Cápac viajó al norte en su última expedición parece haber dejado a Huáscar a cargo del gobierno del Cuzco, como ya se ha dicho. Sin embargo, los hechos posteriores y las divergencias en la misma élite cuzqueña conspiran contra esta presunta popularidad de Huáscar en la ciudad sagrada. Mientras esto, Atahualpa aparece vinculado al ejército que Huayna Cápac mantenía en el norte del Tahuantinsuyo, donde le sucede el azar desgraciado de un fracaso militar que habría sido la causa por la que su padre le envió un afrentoso obsequio de ropa femenina. Huáscar figura como adalid de una élite que se bate en retirada mientras que Atahualpa se identifica con la pujante nobleza foránea que ocupará el poder luego de la victoria.

7. ZARATE... op. cit... Lib. I, Cap. XI, p. 46.

GARCILASO... op. cit... Lib. IX, Cap. I, p. 333.

La situación de Huáscar al morir Huayna Cápac aparece bastante clara en las crónicas; a pesar de los intentos que hubo para desbancarlo y poner en su lugar a Ninan Cuyochi. Una vez muerto su antecesor y acordada su nominación, comienzan al mismo tiempo su gobierno y sus dificultades. Lo contradictorio del personaje va acorde con lo que de él se afirma y se discute. Apoyado por grupos de la élite religiosa se ve, sin embargo, en dificultades con ella cuando intenta una reforma religiosa al modificar los cultos realizados en las islas sagradas del lago Titicaca, cambiando las imágenes existentes por discos solares (8). También se recuerda que ordenó una pública violación de acllas por un grupo de danzarines. Por último ordenó expropiar las riquezas que los cuerpos embalsamados de los incas anteriores poseían. (9) Todo esto contribuyó a enfrenar a Huáscar con los grupos religiosos de la élite y a debilitar en consecuencia su posición para cualquier emergencia. Es coincidente que las crónicas expresan entre líneas un cierto paralelismo entre la disminución del apoyo religioso que Huáscar poseía y el aumento del prestigio de Atahualpa en este campo. Desde el comienzo de la guerra este último adquiere una singular prestancia religiosa. Finalmente es necesario añadir que la llegada de los restos de Huayna Cápac a la ciudad sagrada dio origen a que se planteara un problema político. Había ido al Cuzco acompañando al cuerpo del inca fallecido un numeroso grupo de dignatarios presididos por Cusi Topa Yupanqui, el mismo que había dirigido la ceremonia de la *callpa* en la designación del sucesor de Huayna Cápac. Atahualpa no fue en la comitiva, alegando haber sido disminuido por su padre a consecuencia de un desacierto bélico reciente (10). Huáscar acusó entonces —según las crónicas— a estos dignatarios de haber permitido que Atahualpa quedara en Quito y mandó castigar con la muerte este delito de rebelión aún inexistente (11). A consecuencia de estos desmanes se alejó del gobernante cuzqueño el orejón Illa Túpac, a quien Huayna Cápac había nombrado coadjutor de Huáscar. Posteriormente un nuevo grupo de dignatarios quiteños llegó al Cuzco y entre ellos iba un hijo de Cusi Topa Yupanqui, que había presidido el cortejo anterior. Santa Cruz Pachacuti afirma que esta segunda embajada habría tenido como fin el solicitar, para Atahualpa, el cargo de *Incap Ranti* o gobernador de la zona norte del Imperio, lo que no parece pro-

8. SANTA CRUZ PACHACUTI... op.cit... p. 267.

9. Las posesiones de las panacas de los incas fallecidos originaron un serio problema en torno al Cuzco, pues copaban todas las tierras utilizables para el cultivo. Huáscar quiso romper esta tradición. Cfr. ROWTWOROWSKI DE DIEZ CANSECO, María... Nuevos datos sobre tenencia de tierras reales en el Incario. En: Revista del Museo Nacional. Lima, 1962. T. XXXI, p. 133.

10. SARMIENTO... op. cit... Cap. LXIII, p. 253.

11. MURUA... op. cit... Lib. I, Cap. XL, p. 113 del T. I.

SARMIENTO... op. cit... Cap. LXIII, p. 253, 254.

CABELLO VALBOA... op. cit... Parte III, Cap. XXVI, p. 406.

bable, dado el desarrollo ulterior de los hechos y porque las crónicas no mencionan a Atahualpa como pretendiente o poseedor de este título (12). Los miembros de este segundo grupo fueron torturados y las crónicas discrepan sobre si se les ejecutó o se les liberó luego de mutilarlos. Estas circunstancias motivaron, como era natural, que ciertos sectores de la élite se marginaran de Huáscar. Y vale anotar que, antes que ser una reacción contra Atahualpa, estas actitudes que las crónicas achacan a Huáscar parecen ser una consecuencia del agravio que había recibido la nobleza cuzqueña con la exaltación de Tumibamba como ciudad centro y la relevante situación de la élite foránea durante el gobierno de Huayna Cápac.

Ya vimos antes que Huáscar aparece rodeado por la élite cuzqueña de ancestro religioso y así lo indican las declaraciones de los Quipucamayocs a Vaca de Castro, quienes se muestran altamente ofendidos por la presencia de Atahualpa y reprochan a Quisquis las duras represalias que siguieron a la toma del Cuzco luego de la guerra (13). Por otro lado, Huáscar actúa paradójicamente en contra del orden religioso; sólo así puede entenderse la violación pública de las mujeres dedicadas al culto solar que debió causar un revuelo comprensible en una sociedad religiosa como la cuzqueña.

Por el lado militar, que analizaremos luego al ocuparnos del conflicto armado, tradicionalmente se ha afirmado que lo mejor del ejército estaba en la zona norte; pero hemos de considerar la rebelión de los orejones del ejército de Huayna Cápac descrita en este trabajo (II-supra), y que debió originar serias desavenencias posteriores. Huáscar no aparece actuando con el ejército mientras vive Huayna Cápac, al revés de lo que sucedió antes con otros herederos designados por el inca Pachacútec, por ejemplo. Igual sucede con Atahualpa, quien participa activamente en las campañas que su antecesor realizó en los territorios al norte de Tumibamba. Durante el conflicto entre el Cuzco y Quito, Huáscar no actúa en primera línea y se limita a enviar tropas a la zona de batalla sin intervenir en absoluto en el comando de las operaciones. Atahualpa, en cambio, actúa de manera efectiva y sólo en los últimos momentos de la guerra vemos que confía la dirección de sus tropas a sus generales Quisquis y Calcuchímac. Los primeros datos que las crónicas proporcionan sobre el último inca se refieren a su vida militar, cuando Sarmiento de Gamboa relata que llevó tropas de refuerzo al ejército de Huayna Cápac en el norte y cabe suponer que esto habría sucedido después que Atahualpa cumpliera con la ceremonia de iniciación o huarachico.

Los historiadores que han tratado estos temas han tenido siempre puntos de vista especiales. Ya hemos hablado de la tendencia a calificar de legítimo a Huáscar y como bastardo a Atahualpa y no vamos a repe-

12. SANTA CRUZ PACHACUTI... op. cit... p. 267.

13. Declaración de los Quipucamayocs a Vaca de Castro... pp. 23, 24.

tirlo. Ultimamente se ha insinuado que se ha realizado una injusticia histórica con Huáscar, rodeándolo de una suerte de leyenda negra. También se ha dicho que Atahualpa aparece "justificado y hasta con cierta aura popular ..." (14). Sin embargo esto no es cierto. Lo que sucede es que la historia se ha querido plantear sólo desde el punto de vista de la víctima. La caída de Huáscar apareció empequeñecida por la de Atahualpa, que significó el paso del Imperio a una dominación extraña al mundo andino. Por esto Huáscar aparece algo desteñido en los relatos, pero esto no es suficiente para hablar de una leyenda negra que pesara sobre él. Los cronistas se ocuparon primero del inca que encontraron en el poder, Atahualpa. El análisis de la situación de Huáscar vino después.

V. El inicio de las acciones militares es indicado por algunos cronistas como una iniciativa cuzqueña, mientras otros suponen la guerra comenzada por un ataque de los de Quito. En realidad, las crónicas presentan un oscuro panorama que siempre se ha querido explotar en favor de una y de otra tesis. Puede, sin embargo, discutirse si la élite que apoyaba a Atahualpa tuvo inmediatas pretensiones de capturar el poder. Si así fue, no se trató de la única intentona, puesto que tenemos los casos ya mencionados de Ninan Cuyochi y Cusi Atauchi. El desarrollo de los acontecimientos que relatan los cronistas puede hacernos pensar que la guerra entre el Cuzco y Quito no fue sino el punto final de una lucha por la sucesión del poder que se planteara al comienzo de una manera velada entre Ninan Cuyochi, Cusi Atauchi y Huáscar, y luego entre éste y Atahualpa. Eliminados los dos primeros quedaron los últimos como protagonistas de la ardua lucha por el poder.

La guerra abarcó todo el Tahuantinsuyo, desde que los grupos dirigentes diseminados por el Imperio se banderizaron por una u otra de las facciones en lucha, aunque no se inclinaron siempre al centro más cercano. Así encontramos que Chíncha, uno de los más importantes curacazgos costeros, se vinculó a la nobleza quiteña de la que estaba separado por la mayor parte de la zona costera, y no lo hizo al Cuzco, más cercano e influyente. Los Cañaris, habitantes vecinos a Tumibamba, se declararon por su parte ardorosos partidarios del Cuzco y sobre ellos pesan graves acusaciones en las crónicas acerca de haber intrigado cerca de

14. GUILLEN, Edmundo... *Huáscar, Inca trágico*. Lima, Populibros Peruanos (1964) p. 7. El profesor Guillén y el prof. Medardo Purizaga en recientes trabajos dan la impresión de considerar este punto de la "leyenda negra" que rodeó a Huáscar. Guillén habla repetidamente de un signo fatídico cernido sobre este inca (p. 9) y al que no se ha hecho justicia en su verdadero valor, considerando un "imperativo nacional" la revisión de lo escrito sobre Huáscar. Purizaga insiste en el concepto de "inca infortunado" (p. 5), "defensor de la integridad del Imperio" (p. 4), amenazada por la presencia de Atahualpa (PURIZAGA, Medardo... *Huáscar*. En Biblioteca Hombres del Perú. Lima, 1964).

Huáscar sobre un temprano pronunciamiento levantisco en Tumibamba y encabezado por Atahualpa (1). No fue entonces una lucha de dos determinados sectores divididos también por la geografía, y la única demarcación territorial posible de hacerse es a base de las regiones en que se libraron los combates principales que indican una línea progresiva que fue desde las regiones quiteñas hasta el Cuzco imperial.

Relatan las crónicas que luego de la entrada triunfal del bulto mortal de Huayna Cápac a la ciudad del Cuzco y después de realizado el matrimonio de Huáscar con Chuqui Huapay con las fastuosas ceremonias de costumbre, se organizó una expedición militar hacia la zona de los Chachapoyas. Murúa relata la marcha de esta campaña con lujo de detalles y señala que en ella murió Chuquis Huamán, aquel que con su infidencia hiciera fracasar la sublevación de Cusi Atauchi en los momentos posteriores a la muerte de Huayna Cápac (2). Afirma el mismo cronista que sólo después de esta expedición habría recibido Huáscar aquel grupo de enviados de Quito que se dice fue al Cuzco a pedir el gobierno de esas tierras del norte para Atahualpa con el cargo de Intip Ranti (3).

Paralela a estos sucesos debió ser la sublevación de los Huancavilcas, de que habla con detalle Sarmiento de Gamboa. Atahualpa preparó entonces un núcleo de tropas que fue a debelar esta sublevación y que logró dominarla (4). Sin embargo, parece ser que luego de esta acción fidelista hacia el Cuzco, se supo la suerte que habían corrido los enviados de la élite foránea ante Huáscar y se presentó en Tumibamba Atoc, orejón de alto rango cuzqueño, acompañado por Ullco Colla (5), quienes eran enviados por Huáscar a recoger las mujeres de Huayna Cápac que Cieza afirma estaban en poder de Atahualpa, quien tomó presos a los enviados del inca cuzqueño (6). Con estos sucesos puede plantearse el origen inmediato de la revuelta como una reacción lógica de la élite foránea frente a los desmanes de Huáscar y su grupo en el Cuzco. El debilitamiento de la élite tradicional va a decidir el resultado final de la guerra.

Si los hechos fueran semejantes a como los cronistas los relatan y Atahualpa hubiera dado muestras de una inicial sumisión al Cuzco antes de conocer los desmanes de la élite tradicional, llamaría la atención la arbitraria conducta del Cuzco con los enviados de la nobleza foránea. Pero hay que recordar aquí que el grupo dominante cuzqueño encerraba un

1. SANTA CRUZ PACHACUTI... *op. cit.*, p. 268.

2. MURUA... *op. cit.*, Lib. I, Cap. XLIV, p. 125 del T. I.

3. MURUA... *op. cit.*, Lib. I, XLV, p. 135 del T. I.

SANTA CRUZ PACHACUTI... *op. cit.*, p. 267, 268.

4. SARMIENTO... *op. cit.*, Cap. LXIII, p. 254 .

5. MURUA... *op. cit.*, Lib. I, Cap. XLVI, p. 135 del T. I. Este Ullco Colla es el curaca cañari, tan mencionado en las crónicas y que tuvo destacada actuación a favor del Cuzco.

6. SARMIENTO... *op. cit.*, Cap. LXII 52p. I, 5.

violento resentimiento contra los de Quito por el ascendiente político que lograron en la época de Huayna Cápac y el grave problema religioso que originara la ausencia de este Inca de la ciudad sagrada, y del que ya hablamos. El inicio de la guerra podría atribuirse, a primera vista, a una venganza de los grupos dirigentes cuzqueños; pero también es posible que el motivo principal haya sido la *necesidad ritual* de una lucha para demostrar la superioridad del Cuzco, pues al comienzo del conflicto es difícil precisar quién tenía el "derecho ideal" de que hablamos antes. Sólo conforme avancen los acontecimientos podrá verificarse un aumento del prestigio religioso de Atahualpa, que coincide con los reveses militares del Cuzco.

Con la captura de Atoc, subordinado de Huáscar, por las tropas de Atahualpa, y enterado éste por confesión del prisionero o por otros allegados (7) de la venida de las tropas cuzqueñas mandadas por Huáscar contra Quito, debió hacerse fuerte en los miembros de la élite foránea la imagen de la guerra con el Cuzco. Relatan algunos cronistas que mensajeros posteriores de Huáscar fueron muertos y sus cuerpos convertidos en tambores. Esto hace pensar que fue Huáscar quien inició el conflicto armado.

El desarrollo de la guerra puede entenderse como una rápida ofensiva del Cuzco hacia el norte, donde se hallaba el núcleo más importante de la nobleza foránea capitaneada por Atahualpa. Las primeras batallas de que nos hablan las crónicas suceden en la zona cercana a Tumbamba (8) donde las tropas de Huáscar al mando de Atoc, que aparece nuevamente en escena, derrotan a los norteños y toman preso a Atahualpa (9). Según Murúa, Atoc llevaría la imagen solar del Cuzco para que apoyara sus acciones militares, pero esto no parece probable; en todo caso podría pensarse que se tratara de una réplica y no de la imagen original, que se encontró en el Cuzco a la entrada de los españoles y que le tocó en el erparto a Mancio Serra de Leguizamo (10). En estos combates preliminares, que culminan con la derrota y captura de Atahualpa, las fuentes coinciden en llamar la atención sobre la destacada actuación de los indios cañaris en favor del Cuzco. Cabello Valboa remonta más atrás estas intrigas, hasta los momentos preliminares del conflicto, en que el curaca cañari Ullo Colla desliza falsas acusaciones contra Ata-

7. MURUA... op. cit... Lib. I, Cap. XLVII, p. 137 del T. I.

8. SARMIENTO... op. cit... Cap: LXIII, p. 255.

9. ZARATE... op. cit... Cap. XII, p. 48.

PIZARRO, Pedro. Relación del descubrimiento y conquista de los Reinos del Perú. Biblioteca de Autores Españoles. CLXVIII, Madrid, Atlas, 1965. p. 182.

10. MURUA... op. cit... Lib. I, Cap. XLVIII, p. 140 del T. I.

Testamento de Mancio Serra de Leguizamo... en LAS CASAS, Fray Bartolomé de... De las Antiguas Gentes del Perú (ya citado)... p. 159.

hualpa en el Cuzco (11). Pero, como era costumbre celebrar los triunfos militares, lo hicieron así los vencedores, y en el curso de las festividades Atahualpa logró escapar de sus captores. De regreso entre los suyos, relatan las crónicas que circuló una versión según la cual el inca quiteño fue ayudado a escapar por una intervención de la divinidad solar, la que lo habría convertido en una culebra y ayudado a escapar de su prisión por un estrecho agujero; y Anello Oliva, que escribe en el siglo XVII afirma que una leyenda local atribuía la fuga de Atahualpa a la intervención de Amaru Inca Yupanqui, gobernante cuzqueño anterior —correinante de Pachacútec— que tuvo una importante participación en la difusión del culto solar. (12) La versión de la aparición del espíritu de Amaru Yupanqui a Atahualpa, podría muy bien ser fruto de una identificación posterior a los sucesos que examinamos y recogida entonces por el jesuita Anello Oliva y, lo más importante de ella, es la presencia de un individuo vinculado estrechamente al arquetipo Pachacútec y al establecimiento del culto solar en el país de los incas como una religión impuesta por el Estado, pues esto nos indica la voluntad de establecer una relación entre Atahualpa y la divinidad solar, y esto sólo era posible si se lo consideraba Inca, Hijo del Sol. Es de suponer que aquí debieron intervenir otros factores que coadyuvaron a liberar a Atahualpa. Anello Oliva menciona la acción cautelosa de alguna de sus mujeres, cosa que también relata Agustín de Zárate (13), pero más probable es que la fuga fuera favorecida por las rencillas entre Huáscar y ciertos sectores de la élite cuzqueña.

Este es el primer momento en que se considera a Atahualpa como Inca. Hasta ahora no se ha manifestado una clara intención suya de capturar el poder; todo parecía indicar una simple sublevación fronteriza.

Al vincularse Atahualpa con la divinidad solar por medio de Amaru Yupanqui, está repitiendo el acto mítico de Manco Cápac, revitalizado por Pachacútec, como antes se ha dicho. Atahualpa ya no es sólo el líder político de la élite foránea; ahora es además una figura religiosa, un enviado de la divinidad solar que, de esta manera, viene a apadrinar el movimiento de ascensión de la élite foránea. Ahora se aprecia en toda su medida el enfrentamiento de las noblezas rivales.

El segundo encuentro bélico lo ubican las crónicas en la zona de Ambato (14) donde el reorganizado ejército de Atahualpa derrota a las tropas de Huáscar. Cieza de León afirma que después de este combate, Atoc habría sido separado del mando militar cuzqueño (15). Desde este mo-

11. CABELLO VALBOA... op. cit... Parte III, Cap. XXVIII, p. 432.

12. ANELLO OLIVA... op. cit... Lib. I, Cap. II, p. 95.

GOMARA, Francisco López de... Historia de las Indias... Ed. Iberia, 195. Parte I, p. 204 del T.I.

13. ANELLO OLIVA... loc. cit.

ZARATE... op. cit... Cap. XII, p. 48.

14. Sarmiento dice Cusibamba (Cap. LXIII, p. 256).

15. CIEZA... Señorío... Cap. LXIII, p. 26.

mento los cronistas son unánimes en afirmar las repetidas victorias de Atahualpa. Luego de Ambato las tropas del vencedor se dirigen a la región Cañari, que es arrasada. Vale recordar que los cañaris habían participado activamente en la sorpresa de Tumibamba y captura de Atahualpa y que, además, el curaca cañari Ullco Colla había propagado la versión de la rebeldía de Atahualpa antes que ésta fuera manifiesta (16).

Luego de la matanza ejemplar en la zona cañari, Cieza habla de la entronización de Atahualpa en la ciudad de Tumibamba, "... y llamóse Inca en Tumibamba, aunque no tenía fuerza como se ha dicho, por no ser en el Cuzco; mas él tenía su derecho en las armas, lo cual se tenía por buena ley ..." (17). Este texto denota la necesidad de la estancia en el Cuzco para el carácter religioso del soberano de que ya hemos hablado, así como la voluntad que luego demostrará Atahualpa de ser Inca del Cuzco y en el Cuzco. Ya no se puede entonces hablar de una sublevación de los quiteños, sino que se trata de una guerra declarada y abierta entre dos aspirantes al poder, respaldados por sendos sectores de la élite. Al considerar Inca a Atahualpa, un grupo de la élite lo pone en la misma jerarquía que Huáscar. Por esto también es que no se puede hablar de pretendiente legítimo o bastardo. Tanto el uno como el otro estaban en igual situación ante los sectores de la élite que los apoyaban.

Encontramos una sucesión de batallas en que triunfan las armas de Atahualpa (18). Luego de la derrota en los llanos de Ambato, los soldados cuzqueños al mando de Huanca Auqui resisten en Cusibamba, de donde son forzados a retirarse a Cajamarca, en cuyas cercanías se realiza el combate de Cochaguayla anotado por Sarmiento, y que termina desfavorablemente al Cuzco (19). También se anota como importante suceso una batalla ocurrida en Bombón, al norte de la laguna de Junín. Sorprende la insistencia de Huáscar, que continuamente envía tropas a Huanca Auqui, pero que no se decide a ponerse al frente de su ejército. También es importante señalar que las crónicas recalcan que luego de la entronización de Atahualpa en Tumibamba, este inca no avanzará más hacia el Cuzco sino que se quedará en el norte hasta el fin de la guerra.

El primero de los grandes choques que decidieron el fin del conflicto se produce en Jauja. Allí se había hecho fuerte Huanca Auqui con

16. CABELLO VALBOA... *op. cit.*... Parte III, Cap. XXVIII, p. 432.

17. CIEZA... *Señorío*... Cap. LXVIII, p. 271.

SARMIENTO... *op. cit.*... Cap. LXVIII, p. 271. Atahualpa va a recibir la borla al Cuzco, para perfeccionar así su situación.

18. Edmundo Guillén en su libro ya citado presenta un detallado esquema del aspecto bélico del conflicto (pp. 53-56). Lástima que no se haya acompañado las referencias bibliográficas —tal vez por la naturaleza popular de la edición— que aumentarían en mucho el valor del trabajo. Sin embargo Guillén aporta una cronología a nuestro parecer relativa, desde que las abundantes discrepancias de los cronistas en esta materia no permiten establecer las fechas con un mínimo de seguridad.

19. SARMIENTO... *op. cit.*... Cap. LXIII, p. 256.

nuevos contingentes que le llegaron del Cuzco formados por soldados soras, chancas, aymaraes y yauyos, según la fuente escrita. En Yanamarca, cerca de Jauja, fue el nuevo desastre de la gente del Cuzco. Por las informaciones de las crónicas puede deducirse que los cuzqueños se vieron obligados a varios reclutamientos de tropa ante la avalancha de la élite foránea, y también se nota que tanto el Cuzco como los partidarios de Atahualpa consultaron a las divinidades para solicitar su apoyo e inquirir sobre el desarrollo de la contienda. Santa Cruz Pachacuti relata la consulta realizada por Huanca Auqui al dios Pachacámac, a quien también se habría dirigido Huáscar. La respuesta fue favorable al Cuzco y más tarde, estando preso en Cajamarca, relató Atahualpa a los españoles haberse desengañado de Pachacámac porque había asegurado la victoria del Cuzco y los hechos posteriores lo habían desmentido (20). Ya anotamos antes que Atahualpa consultó a Catequil, divinidad tutelar de la región de Huamachuco, sobre el fin que tendrían las operaciones militares que se llevaban a cabo contra el Cuzco y que al recibir la opinión contraria de la divinidad, había destrozado la imagen sagrada y destruido el templo.

A consecuencia de las derrotas anteriores, Huanca Auqui fue severamente reprendido por el gobierno del Cuzco y se afirma que debido a esto intentó pasarse al bando de Atahualpa y que este hecho fue impedido por sus oficiales.

Los cronistas presentan a continuación una desesperada resistencia de la élite cuzqueña previa al desenlace final. En la región de Angoyacu, un numeroso grupo de orejones cuzqueños al mando de Mayta Yupanqui se bate desesperadamente con las tropas que comandaba Calcuchímac, general de Atahualpa. La intervención de los orejones da realce a este encuentro armado, desde que se trataba de la fuerza militar de mayor categoría entre los incas; pertenecían a la nobleza y habían recibido una rigurosa formación en el Yachayhuasi cuzqueño. Pero el empuje y la proverbial valentía de los orejones nada pudieron hacer para contener la marcha arrolladora de los ejércitos de Atahualpa que los derrotaron en varios encuentros sucesivos (21). Con estos desastres, los restos vencidos de los ejércitos de Huáscar apresuraron su retirada hacia la ciudad sagrada. En Vilcas, núcleo importante de la región central de los Andes, hubo sin embargo un nuevo intento de resistir el empuje del norte. Los cronistas hablan de enormes contingentes de soldados en lucha, lo que indica el efecto que el conflicto causó en la memoria popular conservada en los años siguientes (22).

20. PIZARRO... *op. cit.*... pp. 183, 184.

21. SARMIENTO... *op. cit.*... Cap. LXIII, p. 257.

CABELLO VALBOA *op. cit.*... Parte III, Cap. XXX, p. 449.

22. COBO, P. Bernabé... *Historia del Nuevo Mundo...* En: Biblioteca de Autores Españoles. Vols. XCI y XCII, Madrid, Ediciones Atlas, 1964. Lib. XII, Cap. XVIII, p. 94 y ss.

Sólo en este punto de la guerra Huáscar se pone al frente de sus tropas. En Curahuasi, ya cerca del Cuzco, comienza la gran batalla final. Según los cronistas, la presencia del inca cuzqueño alentó mucho a su gente, porque la primera parte de este largo combate fue favorable a los del Cuzco y se aniquiló buen número de soldados de Atahualpa. Pero la llegada de nuevas tropas de este último cambió el sentido de las acciones militares. En la vecina región de Quepaypa se decide la victoria por Atahualpa con la prisión de Huáscar y sus allegados. Desde el momento en que el inca cuzqueño es prisionero, Atahualpa es inca indiscutible, incorporado a las viejas tradiciones cuzqueñas. La guerra había terminado pero el triunfo de Atahualpa no significó una dominación "extranjera" del Cuzco. Había sido una guerra civil originada por discordancias religiosas y sociales entre sectores opuestos de la élite del país de los incas.

Hemos revisado el conflicto entre el Cuzco y Quito analizando sus causas y su desarrollo, así como la situación de los dos personajes más importantes del momento: Huáscar y Atahualpa. Ahora hay que anotar algunas observaciones finales.

Muchas veces se ha dicho que esta guerra fue causa determinante, en grado más o en grado menos, de la relativa facilidad con que se desarrolló la conquista española. Esto, sin embargo, merece discutirse. La marcha rápida de los conquistadores en 1532 no se debió directa ni indirectamente a la crisis recién superada en el medio andino. Más bien podría pensarse que su llegada causó un paralizante estupor y más que esto indecisión, y que cuando se produjo la reacción, el poder que tenían los españoles fue en un primer momento suficiente para frenarla, mientras los indígenas se asimilaban a las armas y modo de lucha de los soldados europeos. Una vez aprendido esto, la gran rebelión indígena no se hizo esperar —la de Manco II en 1536— pero ya entonces había aumentado la fuerza de los conquistadores en América y los refuerzos necesarios llegaron rápidamente de América Central. Tal vez haya algo de cierto en que generalmente sólo se conocen las acciones españolas de la conquista; pero esto no se debe a complejos superiores de ninguna índole, como alguna vez se ha insinuado con intención maliciosa, ni tampoco a que se quiera opacar la resistencia indígena a la conquista española. Frente a los textos indígenas mexicanos dedicados a la conquista y contemporáneos a ella, la "versión de los vencidos" del pueblo andino es menos numerosa y más lejana. Por otro lado hasta hace poco tiempo la historia de la conquista se escribió sólo recopilando los datos de las crónicas frías y a veces sin asomos de interpretación; era sólo un cotejo de la fuente escrita haciendo una mera labor de crítica externa. Y como las crónicas de la conquista fueron escritas por los mismos conquistadores, era el punto de vista de éstos el único que destacaba. Los historiadores de antes no hicieron entonces una prejuiciosa discriminación contra los indígenas, sino que se limitaron a utilizar los datos de las crónicas que, escritas por españoles, tenían que poner de relieve sobre todo

la acción de los conquistadores. Ahora, con mejores instrumentos, es posible y se estudia lo que en México ha sido llamada "la versión de los vencidos"; sin embargo, en el país andino esta versión no existe con las mismas características que en México, por lo tardío de los testimonios indígenas auténticos y por otro lado cabe repetir que los datos con los cuales se construye son los mismos que los usados por la "versión de los vencedores".

Es necesario volver a insistir, finalmente, en el hecho que este conflicto final parece configurarse como una lucha en la que lo religioso y el interés de grupo priman de manera absoluta sobre cualquier situación personal. Los dos líderes de la contienda figuran como poseedores de un "derecho ideal" que sólo será efectivo para el vencedor. Por otro lado, la actitud que toman los pueblos del Tahuantinsuyo frente a la contienda está más claramente determinada por afinidades de sus grupos dirigentes hacia la élite tradicional cuzqueña o hacia la foránea, producto de la expansión estatal. Es importante también destacar que —al margen de la guerra— el Cuzco no pierde en ningún momento su situación de ciudad sagrada, centro y origen del mundo de los incas. *Lima, 1965.*